

LOS ARGONAUTAS



COLECCION ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes
Premiadas en la Exposición de Leipzig

LOS
ARGONAUTAS



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,

ANTONIO ARAGÓN FERNÁNDEZ, *Pbro.*

Barcelona, 8 de abril de 1930

IMPRÍMASE

† JOSÉ, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia., Ilma.

Dr. FRANCISCO M.^a ORTEGA

DE LA LORENA

Canciller Secretario

LOS ARGONAUTAS

POEMA ÉPICO DE
APOLONIO DE RODAS

ooo

ADAPTADO A LA JUVENTUD
POR
CARMELA EULATE

CON ILUSTRACIONES DE
F. DE MYRBACH

29.182



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

INDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	7
I. La nave y sus tripulantes.	15
II. Profecía del ciego.	29
III. El paso de las Simplégades.	43
IV. Intervienen las deidades del Olimpo.	57
V. Medea	69
VI. Combates de Jasón.	85
VII. En el alcázar de Circe.	101
VIII. Sirenas y nereidas, náyades y ninfas.	117
IX. Otra vez en Grecia.	131

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El corcel que sirve de guía a los argonautas. . *Frontis*

	<u>Páginas</u>
Reconoced por capitán, cual yo lo hago, a este gallardo mancebo	24
...y esgrime el árbol cual si fuese una lanza.	34
...deteniendo con su mano izquierda la peña.	44
Cuando aparecen las dos diosas, invítalas.	59
—¿Por qué guardas silencio, hermosa virgen?	80
...entre una humareda fétida se lanzan contra Jasón.	87
...que levanta sobre la cabeza de los culpables.	113
...que en el horizonte se eleva un enorme corcel.	126

INDICE

1	1. El tema y sus antecedentes
2	2. El tema del estudio
3	3. El tema de la investigación
4	4. El tema de la tesis doctoral
5	5. El tema de la tesis de grado
6	6. El tema de la tesis de maestría
7	7. El tema de la tesis de doctorado
8	8. El tema de la tesis de licenciatura
9	9. El tema de la tesis de pregrado
10	10. El tema de la tesis de posgrado

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

11	11. El tema que sirve de base a las investigaciones
12	12. El tema que sirve de base a las investigaciones
13	13. El tema que sirve de base a las investigaciones
14	14. El tema que sirve de base a las investigaciones
15	15. El tema que sirve de base a las investigaciones
16	16. El tema que sirve de base a las investigaciones
17	17. El tema que sirve de base a las investigaciones
18	18. El tema que sirve de base a las investigaciones
19	19. El tema que sirve de base a las investigaciones
20	20. El tema que sirve de base a las investigaciones

PROLOGO

Considero preciso decir algunas palabras que sirvan de preámbulo a la deleitosa lectura del célebre poema épico de Apolonio de Rodas, llamado por muchos: la quinta epopeya.

Sin alcanzar la magnitud de las narraciones de la India, el Ramayana y el Mahabharata, en los que intervienen dioses y hombres, dando lugar a gigantescos combates y a episodios maravillosos, sin tener la grandiosidad de la ILIADA (1) y de la ODISEA, monumentos cumbres de la literatura griega, el poema épico de Apolonio de Rodas encierra tan excelsas bellezas, que deben conocerlas necesariamente, aquellos que quieran apreciar la literatura clásica.

(1) La Ilíada, La Odisea y La Araucana, forman parte de las obras publicadas en la Colección Araluce.

Apolonio de Rodas huyó de la imitación servil de la ODIESA — aunque sus héroes, como Ulises, atravesasen procelosos mares—, y ha logrado imprimir inequívoco sello de originalidad a su obra. Los episodios que esmaltan el poema contienen inagotable interés, y la figura del caudillo de los argonautas por su firme dibujo y sus rasgos característicos, ha servido, desde que Apolonio de Rodas la buriló en sus páginas épicas, de tipo simbólico del aventurero audacísimo y afortunado.

Los nautas que acompañaron a Jasón en la temeraria empresa del vellocino de oro (representación de la fortuna) no eran más que precursores literarios de los aventureros españoles, portugueses e ingleses, que una vez descubiertas las tierras americanas, marcharon allí sin temores de ninguna clase, y realizaron hazañas tan sobrenaturales, que el relato de ellas, inspiró a Camoens sus célebres *Lusiadas* y a nuestro genial Ercilla guerrero y poeta, los cantos de la AURAUCA.

Es posible que los héroes históricos bebiesen el anhelo de extraordinarias aventuras en las páginas de Apolonio de Rodas, que más

humanas que las de la ILIADA y la ODISEA por estar más cerca de nosotros, son sugestivas para imaginaciones exaltadas.

El mar, con su grandeza, con sus peligros, y sus misterios, es la gran incógnita que fascina a la juventud y todos los relatos que con el mar se relacionan, llaman vigorosamente a la puerta de nuestra fantasía.

Apolonio de Rodas era griego de origen y de cultura, mas habitaba en la ciudad de Alejandría, centro científico y poético, el más importante de aquellos tiempos, en los que la dinastía de los Ptolomeos conquistó Egipto cuando Alejandro Magno repartió su Imperio.

Las bibliotecas de Alejandría, de reputación mundial, nutrieron el cerebro de Apolonio y le hicieron concebir el plan de sus ARGONAUTAS, para dar prueba patente de lo que sabía y valía.

Fué maestro suyo Calímaco, poeta griego, que antes enseñara en las aulas de Eleusis, pero que el azar de su existencia llevó a Alejandría, donde publicó innúmeras obras imitativas de los grandes clásicos griegos. Apercióse el maestro, bien pronto, del genio del

discípulo y la envidia que le inspirara se desbordó frenética, cuando Apolonio leyó en público su poema.

Las intrigas de Galímaco bien quisto de los gobernadores de Alejandria, hicieron que Apolonio fuese desterrado a la isla de Rodas, mas lo que se perpetró para ahogar su reputación literaria, sólo sirvió para abrillantarla, pues Apolonio, en la soledad a que le condenaron, retocó con esmero las estrofas de los ARGONAUTAS, llegando a darles la excelsa belleza que hoy las adornan.

Igual que en la obra homérica, intervienen en este poema los dioses y los semi-dioses, protegiendo a los hombres en sus empresas, deidades mitológicas, de las cuales considero conveniente dar previamente una ligera idea.

Júpiter es el supremo dios del Olimpo, y su esposa es Juno, que tiene como atributo las cornejas, aves que consideraban los griegos representativas del buen sentido. La diosa Venus llamada también Anfitrita, es la figura mitológica representativa de la hermosura, madre de Cupido, el Amor; Minerva la diosa de la sabiduría, nacida una tarde del

cerebro de Júpiter. Neptuno es el dios del mar y Tétis la diosa. Marte, es el de la guerra, y de él se deriva el adjetivo castellano tan en uso: marcial. Las náyades, las sirenas, las nereidas y las ninfas, son seres mitológicos, mitad criaturas y mitad diosas, nacidas de las uniones de los dioses con las mortales.

Otro punto me falta esclarecer: es la fantástica geografía de Apolonio de Rodas. Teniendo en cuenta que en la época en que escribió su poema, trescientos años antes del comienzo de la Era Cristiana, las nociones que se tenían de la superficie terrestre, eran vagas, confusas y erróneas.

Daré algunos equivalentes de los nombres geográficos empleados por Apolonio en la descripción que hace del viaje de los argonautas.

Ponto Euxino: Mar Negro.

Rocas Simplégades: las que bordean el Estrecho que separa Europa de Asia.

Helesponto: el Bósforo.

Río Ister: el Danubio.

Río Eridano: el Pó.

Mar de Atlante, así llamado en honor de

Hércules-Atlante: el mar Tirreno de las costas de Italia.

Mar Egeo, que aún ahora conserva este nombre, a la vez que el de mar Jónico.

Mar de Saturno: el mar Adriático.

Scila y Garibdis: son las rocas del Estrecho de Messina que separa Italia de la isla de Sicilia.

Apolonio, en su fantástico viaje, inventa muchos nombres de islas griegas y de islas del Adriático, cuya equivalencia haría interminable estas notas geográficas, y supone una comunicación que jamás ha existido, entre el mar Negro y el mar Adriático, utilizando la vía fluvial del Danubio.

He simplificado los episodios secundarios, mas conservando en los importantes, los ricos detalles que dan relieve y colorido al poema, haciéndole tan deleitoso para la juventud, como los mismos cuentos de LAS MIL Y UNA NOCHES.

Griego por su vastísima cultura, Apolonio de Rodas es un oriental por la fertilidad de su imaginación, y un hombre de todos los tiempos por la psicología, pues bajo el flori-

do manto que les cubre, se acusan las poderosas personalidades de Jasón, Medea y los principales argonautas.

Ojalá que estas páginas dictadas por el genio, y palpitantes de entusiasmo hacia el mundo del mar, donde se desarrollan sus peregrinas aventuras, os proporcionen el placer que sienten los sabios saboreándolas, y el no menos íntimo que causa a todos la contemplación serena de una maravillosa obra de arte.

CARMELA.

En el mundo que se vive en estos días
 con tanta incertidumbre y dolor
 es necesario que cada uno de nosotros
 busque el camino que le conduzca
 a la verdad y a la justicia.
 Que cada uno de nosotros
 sea capaz de encontrar el camino
 que le conduzca a la verdad y a la justicia.
 Que cada uno de nosotros
 sea capaz de encontrar el camino
 que le conduzca a la verdad y a la justicia.
 Que cada uno de nosotros
 sea capaz de encontrar el camino
 que le conduzca a la verdad y a la justicia.

CAMMINO

El camino que se vive en estos días
 con tanta incertidumbre y dolor
 es necesario que cada uno de nosotros
 busque el camino que le conduzca
 a la verdad y a la justicia.
 Que cada uno de nosotros
 sea capaz de encontrar el camino
 que le conduzca a la verdad y a la justicia.
 Que cada uno de nosotros
 sea capaz de encontrar el camino
 que le conduzca a la verdad y a la justicia.
 Que cada uno de nosotros
 sea capaz de encontrar el camino
 que le conduzca a la verdad y a la justicia.

CAPITULO I

LA NAVE Y SUS TRIPULANTES

Pelias, rey usurpador que imperaba en Jolcos, consultó el Oráculo deseando saber si su dominación sería duradera, y el Arúspice, tras de llevar a cabo la ceremonia ritual, respondió:

—Soberano Señor: la Fortuna te será contraria. El pueblo, ingrato a tus beneficios, anhela tu destronamiento. Conocerás a tu sucesor en esta señal: se presentará ante tí con sólo un pie descalzo.

Quedóse meditabundo Pelias oyendo este pronóstico, y algún tiempo después, llegó a su palacio Jasón, hijo de Esón, rey legítimo de Jolcos y de su esposa la reina Alcimeda, con objeto de reclamarle el cetro. En su adolescencia, Jasón, que demostraba grandes aficiones marítimas, bañándose frecuentemente en

el Egeo, fué educado por el centauro Quirón. El Hado permitió que el mancebo, en su viaje a Jolcos, al vadear el río Anauro, perdiese una sandalia, que quedó enterrada en el fango, por lo cual apareció ante Pelias con un pie desnudo.

Advertido el rey por el Oráculo (y del cual Jasón no tenía conocimiento), prometióle espontáneamente la herencia de su reino, pero le puso por condición emprender un largo viaje por mar, y rescatar el vellocino de oro que Frixo había dejado en poder de los cólquios.

Invitó a Jasón al banquete en el que se honraría al dios Neptuno y otras deidades del Olimpo, mas omitió el rey rendir homenaje a la diosa Juno, concitándose así su enemistad.

—Narradme, ¡ oh, noble señor !—exclamó Jasón, satisfecho de la cordial acogida de Pelias—, la historia del vellocino, y las circunstancias en que fué perdido.

Meditó Pelias unos instantes, y luego repuso con acento majestuoso :

—Voy a satisfacer, ¡ oh, mancebo !, tus de-

seos. Atiende con cuidado. Atamante y Néfele tuvieron dos hijos por descendientes: Frixo y Hele. Perseguidos éstos por las acechanzas de su cruel madastra, quisieron alejarse de Grecia utilizando para ello un carnero de vellón de oro, donativo del dios Mercurio.

—Permíteme, ¡oh, rey!, que te interrumpa, pues tu narración me interesa sobremanera. Algo había oído referente a esos hermanos, pero el relato llegó a mí, confuso. ¿Lograron escapar a los furores de su cruel enemiga?

Meditaba Pelias la respuesta, combinando en su imaginación las trazas que hicieran imposible el cumplimiento de las condiciones, y contestó así:

—Abandonaron ambos hermanos las costas de Grecia, mas en su fuga, Hele cayó al mar, recibiendo por ello las aguas que franquean el misterioso Ponto Euxino, en honor de la doncella, el nombre de Helesponto. Frixo continuó su marcha hacia la Cólquide, en la que reinaba entonces Etas; allí sacrificó el carnero a Júpiter y su piel, cubierta de vellón

áureo, quedó colgada en las ramas de una encina sacra.

—¿Qué he de hacer yo? — interrogó el mancebo.

—Has de ir a esa región misteriosa y traer el vellocino de oro. A tal precio, sin derramamiento de sangre, te otorgaré el cetro que perteneció a tus antepasados.

—¿Y qué medios pondréis, ¡oh, rey!, a mi disposición para que pueda realizar la temeraria empresa?

Sonrió el monarca, al ver que su astucia despertaba las ambiciones de Jasón, y continuó así:

—Te daré una hermosa nave, y llamarás, para que la tripulen, a hombres de todos los confines de Grecia; ellos se denominarán, como tú, argonautas, pues Argo será el apelativo de la nave que te ofrezco.

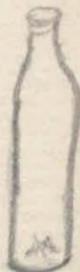
Las palabras del rey henchieron de entusiasmo el pecho de Jansón, quien sin perder tiempo, convocó a héroes y semidioses. El primero en acudir fué Orfeo, quien pulsando su lira mágica, hizo que las verdes hayas que bordeaban las riberas del mar de Tracia, fue-

sen descendiendo una tras otra, a ofrendarse para ser cortadas en tablones.

Vino en seguida Eufemo, andarín de pies veloces, como engendrado por Neptuno, que humedeciendo apenas sus sandalias, no sólo corría por los senderos de la montaña, sino que vadeaba ríos y torrentes.

También acudió Anceo, como el anterior, hijo de Neptuno, gran conocedor de las artes náuticas, por lo que su concurso debiera ser en extremo eficaz para Jasón y sus compañeros. Augias, rey de Elea, no se detiene a pensar en su altísima jerarquía, y va como simple tripulante a ofrecerse a los aventureros del Argo, orgulloso de prestar su concurso a tan temeraria expedición.

Preséntase más tarde Polifemo, el vencedor de los centauros, que ya anciano, conservaba aún el bélico ardor con que luchara en años juveniles. Y sin que nadie le llame, aparece Astorio, abandonando su palacio edificado en la falda del monte Feleyano. Sigue a éste Idmón, el último de su raza, que se alista con voz vacilante, pues el Oráculo le ha



hecho saber que morirá en desiertas soledades y muy lejos de las costas de Grecia.

El patrio suelo y el lago azul en que refléjase su morada, abandona Mopso, a quien el arte de adivinar, investigando el vuelo de las aves, aprendió en el santuario de Apolo. También a él, las predicciones le auguran un luctuoso fin al que no podrá sustraerse.

En pos de estos héroes aparece Telamón, uno de los hijos más ilustres del Atica, que vió el día glorioso de la batalla de Salamina y que luego, atraído por la fertilidad de la comarca, se estableció en la Tesalia, que ahora abandona por el Argo.

Hércules no pudo desoír el llamamiento de Jasón, aunque tuvo conocimiento de él cuando regresaba de la Arcadia, cargando sobre sus hombros atado y vivo, a un monstruoso jabalí, azote del país, y después de desligar los lazos y cadenas que sujetaban el monstruo a sus fornidas espaldas, determina tomar parte en la aventura y hace que le siga Hilas, escudero que tiene costumbre de cuidar de la clava, el arco, y las armas del semidios.

No fué el último en presentarse Tífis, el piloto, hábil en descifrar por los astros, la ruta de los mares y avezado navegante que más de una vez contempló las fauces del abismo abiertas para tragarle.

El conoce acertadas maniobras para henchir las velas de las naves, sabe prever las borrascas, sustraerse a los embates de las olas encrespadas y a los rudos golpes que asesta el vendaval en la negrura de las noches.

Más de una vez luchó con denuedo contra embravecidas sirtes. Hubiera quedado sordo al llamamiento de Jasón, a no ordenarle la diosa Minerva que se uniera a los argonautas, y que construyera la nave, según los planos divinos, resultando el bajel más perfecto de los que cruzasen los mares.

Entre los hombres preclaros que aparecieron para tripularla, estaban Cástor y Pólux, así como Cantho, a quien no detiene el anuncio que le hace el Oráculo de su muerte en lejanas tierras. Muchos de los camaradas pertenecían como Jasón, a la raza excelsa de los minios.

Terminada de aparejar la nave, con cuanto

exige la prudencia para viaje tan incierto, los héroes marchan a la ensenada de Pagasa seguidos por inmensa muchedumbre que les aclama. Más de uno de los testigos, piensa: «Júpiter inmortal: ¿qué móvil nefando, induce a Pelias a organizar esta expedición? En la empresa se arriesga la flor de Grecia, y no hay que pensar que Etas condescienda en entregarles el vellocino de oro. ¡Oh dioses del Olimpo, amparad a los argonautas en el árduo camino que ahora emprenden!»)

Una mujer adelántase, y exclama:

—Compadezcamos a Alcimeda, la madre de Jasón, y lamentemos que, cuando la virgen Hele fué arrastrada por las ondas marinas, la enfurecida mar no sepúltase en su proceloso seno a Frixo y al vellocino de oro.

Alcimeda enterada de que su hijo marchará a la Cólquide trata de disuadirle, haciéndole comprender que todas las alegrías de madre que le proporcionaron sus hazañas, no compensarían la amargura en que su pérdida iba a sumirla. Jasón la consuela con estas palabras:

—Te ruego ¡oh, madre! que no trueques

mi bravura en desaliento, y aunque el dolor te agobie, sufre con espíritu varonil, confía en Minerva, permanece en tu estancia, y no poses tu planta cual ave de mal agüero, sobre las tablas de mi nave.

Aléjase el doncel con paso rápido, y cuando se dirige al Argo, rodeado por muchos hombres que le aclaman, Iguas, que ha sido en otro tiempo sacerdotisa de la diosa Diana, póstrese ante él y le besa humildemente la diestra. En vano pretende detenerle, porque el héroe deja atrás la ciudad y llega ligero a la ensenada de Pagasa en cuya playa está la nave.

Los héroes y los semi-dioses formados en dos filas, le aguardan, destacándose Acasto, que viste rico manto de vivos colores regalo de su hermana Pelopia. Jasón, silencioso, va señalando asiento a sus conmlitones, y éstos se colocan unos en taburetes, y otros en una entena que envuelve la vela aferrada. Luego se expresa así:

—Ya está armado nuestro bajel: en él hemos reunido cuanto consideramos preciso para nuestra larga navegación y debemos zar-

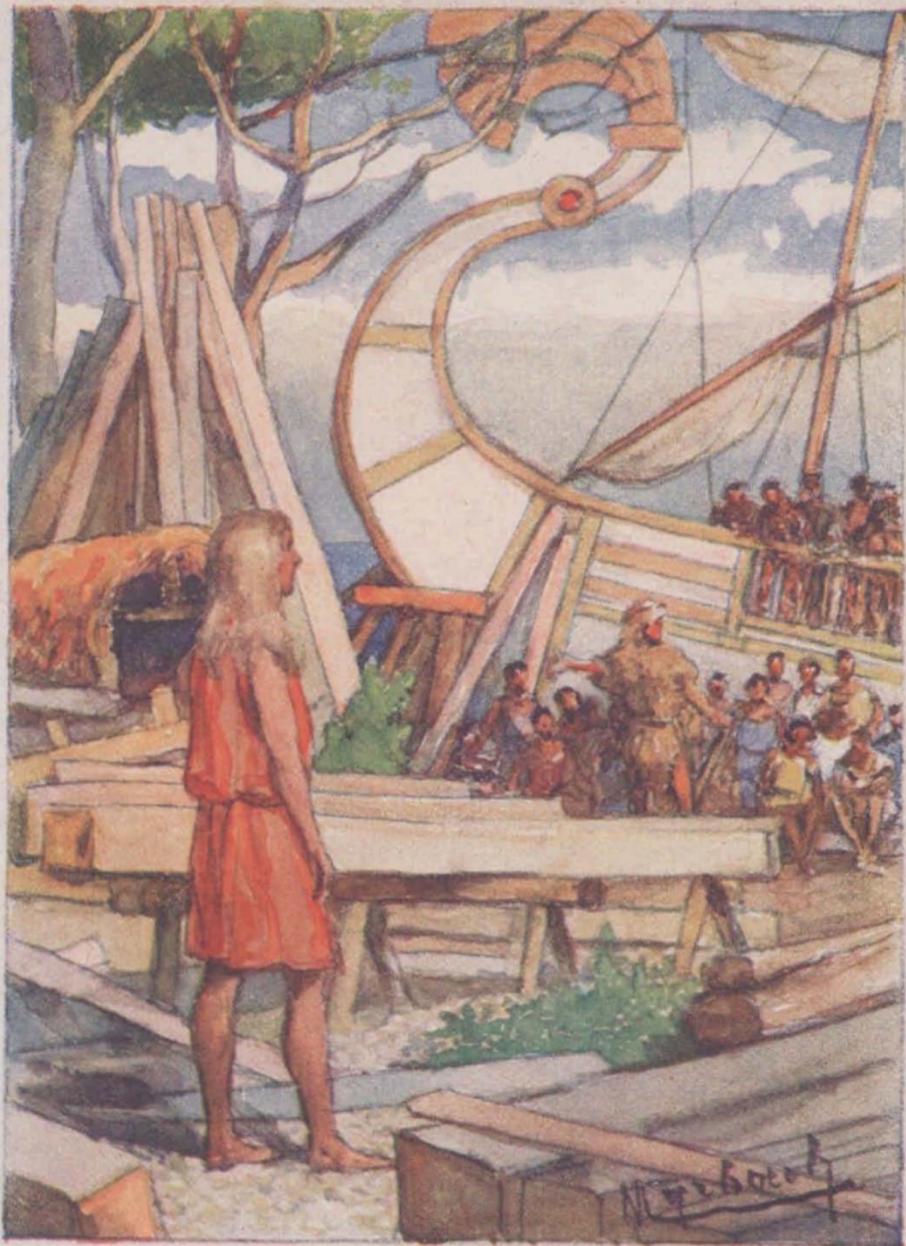
par de la ensenada tan pronto sopla una brisa favorable. No os oculto amigos, los peligros que habréis de correr, no sólo en la ida, sino al regresar al Peloponeso. La asamblea designará al jefe a quien se obedecerá en cuanto mande.

Los argonautas vuelven los ojos hacia Hércules y con entusiastas vitores, le aclaman por su caudillo. Levántase el dios de la fuerza, y con voz tonante grita :

—No puedo aceptar tal honor, y además, os vedo cualquier otro nombramiento. Reconoced por capitán, cual yo lo hago, a este gallardo mancebo.

Estremécese Jasón de gozo al escuchar tales palabras que colman sus más recónditos anhelos, y la multitud le vitorea rogándole que les arengue.

—Acepto el mando — exclama Jasón erguido—y sé los deberes que justifican los honores. ¡Basta ya! No se retarde nuestra partida, mas antes de celebrar el banquete, ofrezcamos un sacrificio a Apolo, encendiendo ante su ara el fuego propiciatorio. Mis mayordomos sacarán de mis establos para este objeto,



...reconoced por capitán, cual yo lo hago, a este gallardo mancebo.

los bueyes más preciosos ; revisad vosotros las velas y la obra muerta, y que se ajusten con precisión los remos.

Hizo una pausa, y luego prosiguió :

—He ido a Delfos, a consultar el Oráculo de Apolo ; le he nombrado nuestro númen tutelar y él nos enseñará las rutas del océano.

Dichas estas palabras, despójase Jasón de sus ropas, lo mismo hacen sus compañeros para aligerar la última faena del Argo, y lanzanse al mar. Circundan la nave con un cable por todos los bordes, ajustan las tablas, clávase bien la trabazón y levantan una grada para que se deslice la quilla, mientras que otros, sostienen los extremos del bajel. Quedan los remos atados con fortísimas correas a sus toletes ; en seguida los remeros ocupan sus puestos, y Tifis el piloto, dirige la maniobra, animándoles con frases enérgicas.

Flota el Argo, embárcanse los víveres y el agua potable, y procédese a sortear los bancos entre los argonautas. Fuera de sorteo, designase a Hércules para que ocupe el centro, y el voto unánime proclama como timonel a Tifis el piloto. Luego conducen piedras de

gran tamaño a la playa y preparan el ara para el sacrificio que ha de ofrecerse a Apolo. Sobre las piedras amontonan gran cantidad de ramas secas de olivo silvestre, y formando una hoguera sacrifican la yunta de bueyes escogidos, mientras Jasón eleva a Apolo su plegaria.

Anceo, compañero de banco de Hércules, raja con su segur broncea la ancha cerviz del buey, y otros nautas desgarran la piel que se utilizará para arreos marciales. Idmón que es Arúspice, contempla las llamas que se elevan en espirales; lanza el grito profético, y pregona los designios benévolos de Apolo, revelados en el aspecto del holocausto.

—Vosotros—dice el Adivino dirigiéndose a los argonautas—, iréis al Ponto, y tras de mil penalidades, regresaréis a la patria, poseedores del vellón de oro, pero yo pereceré en las soledades del Asia. No lo ignoraba al venir aquí, pero moriré cubierto de gloria.

Siéntanse los nautas en la orilla acariciada por la espuma del oleaje, y allí yantan ricos manjares y beben en ánforas lucientes que escanciando el licor, hacen circular fieles es-

clavos. Los vapores del vino originan una violenta disputa en la que interviene Jasón, sin lograr apaciguarla, mas la calma las notas de la divina cítara de Orfeo.

Transcurre la noche, y cuando la aurora tiñe con matices purpúreos la cima de las montañas, y el mar empieza a encrespase, se despierta Tifis el piloto, quien da a los nautas la voz de alerta. Embárcanse a toda prisa, preparan sus remos, y estremécese la nave ansiosa de partir.

Minerva colocó entre las hayas que sirvieron para la construcción del Argo, una mágica, y cuando Hércules penetra en el bajel, donde ya los nautas ocupan de dos en dos los bancos que les fueron señalados, tiembla la quilla bajo sus plantas. Desátanse las amarras, Jasón vierte en el mar el vino propiciatorio, reman los nautas a compás, y el Argo, cual si danzara con ritmo sacro, deslízase sobre las olas, mientras que Orfeo pulsando la lira, dirige el armónico movimiento de los remos.

Es tanta la fuerza de los brazos, que la nave va en la cresta de las rugientes olas coronadas

de espuma, dejando tras sí blanquísima estela, y fulguran a los rayos del sol los bronce que la adornan, cual si toda ella fuera una flama.

Desde lo alto del Olimpo, las deidades atónitas contemplan aquel puñado de héroes y semi-dioses que se lanzan a arrostrar las tempestades, y trepan las ninfas a las peñas, para admirar desde allí, la nave maravillosa construída sobre los planos de Minerva.

CAPITULO II

PROFECÍA DEL CIEGO

Apenas salen del puerto, cuando Tifis abandona por un instante el timón, va al pie del mástil, afianza un cable, y manda izar la vela en lo alto. Pronto el viento favorable hincha la lona, la mar tórnase azul, entona Orfeo un himno a Diana, y a los ecos de su cítara, van saliendo a la superficie múltiples peces de diversos tamaños y plateadas escamas, que siguen la estela del Argo, cual ovejas tras el pastor. Van quedando por la popa montañas y promontorios, doblan el cabo Sepista, y véñse obligados a arribar junto a la tumba de Dólope, para sustraer la nave a una inminente borrasca, mas, después de dos días, abandonan aquélla. La mar se muestra apacible, el viento es próspero, y alejándose de Afetas, tampoco quieren penetrar en la ense-

nada de Melibeo, que siempre es combatida por rudos vendavales ; hacen rumbo hacia las costas de Tracia, consiguiendo al cuarto día de navegación, contemplar la cima de la montaña sacra de Athos.

Tras de una breve permanencia en la isla de Lemnos, y después de recibir los agasajos de la reina Hisipilea que otorga sus favores a Jasón, hácese a la mar de nuevo. Dejan atrás la isla de Somotracia, e impulsados por el viento Sur que les es favorable, avanzan hacia el turbulento Estrecho que separa Asia de Europa.

Antes de aventurarse por tan peligrosa ruta, abordan a una costa de hospitalario país, donde se les ofrece espléndido hospedaje, y los argonautas aconsejados por Jasón, entregan al rey de la comarca, ricos presentes. El rey conocía este Oráculo : «Llamará a tu puerta una falange de héroes. No maquines nada en contra de su nave, sino que por el contrario, franquéales tu mansión, y ten en cuenta que vienen de lueñas tierras, y que sería inícuo combatirles».

Los monstruos hijos de la tierra, al ver que

el Argo ha atravesado la barra, apóstanse en una altísima cumbre, y desde allí arrojan sobre el bajel un gigantesco peñasco que cierra la entrada del río. Cuando los nautas desembarcan, queda Hércules custodiando el bajel, y sepulta uno tras otro a los monstruos en el abismo, trocando en rojo charco el puerto.

Los compañeros de Jasón que oyen de lejos la refriega, acuden, levantan anclas, desplegan velas y aléjanse protegidos por la brisa sin saber que rumbo tomar, pero el Hado les depara un fondeadero que les pone a cubierto de todo peligro.

Una borrasca fué el preámbulo de horriblas tempestades que duraron doce días, y en este intervalo, ninguno de los argonautas pudo conciliar el sueño, mas al romper el alba de la décima tercia madrugada, un alción marino viene a posarse sobre la rubia cabellera de Jasón que dormita. El grito agudo del ave avisa que ha terminado el mal tiempo, mas Mopso, temiendo que el alción fuese un númen adverso, trata de desviarlo del bajel, aunque sin conseguirlo, porque el pájaro detiéndose en la popa, posándose allí sobre la escultura sim-

bólica. Entonces el Arúspice convencido, exclama :

—Argonautas : pronto, cesarán los huracanes y brillarán las estrellas en el cielo, porque el Oráculo ha predicho que un ave marina acariciará al caudillo en su sueño.

Yérguese Jasón regocijado, y a plena luz, contempla el horizonte, que extiéndese ante sus ojos y aparece lejanísima envuelta en nieblas, la boca del Bósforo. Desembarcan por unos instantes en la arenosa playa tracia, para cumplir el sacrificio ordenado por Jasón, y su copa de oro vierte exquisito licor sobre los humeantes bueyes, mientras que, los argonautas a los sonos de la lira de Orfeo, bailan una danza guerrera, y la acompañan haciendo chocar los pomos de sus espadas sobre los escudos metálicos.

La ofrenda de Jasón origina múltiples prodigios. Los árboles recién plantados y que apenas daban sombra, se cargan de frutas, germinan las rosas a los pies de los argonautas, cúbrese la tierra de olorosas violetas, y las fieras amansadas, van saliendo de sus cubiles.

De nuevo hácese la nave a la mar, y pujantes los remeros apuestan quien será el que tendrá más resistencia, bogando con tanto ímpetu, que el Argo avanza más raudo que el viento. Al caer la tarde, sopla brisa contraria, la falange fatígase y hubiese dejado los remos a no ser que Hércules les obliga al trabajo. Y nuevamente ante su esfuerzo potente, cruje la nave. Se encrespan de improviso las olas. Un golpe de mar derriba a Hércules y le arranca la mitad del remo, pero él sujeta el trozo que le queda en la mano, y permanece en su banco.

Al anoecer los nautas pisan tierra de Micia, y como es la hora en que los labradores retornan a sus cabañas, solicitados por los navegantes que buscan descanso en la ribera, llevan al bajel, harina, miel, frutas y legumbres.

Jasón y sus camaradas se tienden bajo el follaje. Unos descansan sobre el blando lecho que les ofrece las hojas de los árboles y otros utilizan las ramas secas para encender una hoguera, sin faltar algunos que preparen una

ofrenda a Apolo, y hagan libaciones en su honor.

Hércules, apartándose de la falange, se ha dirigido al vecino bosque para procurarse un remo que sustituya al que arrancaron de sus nervudas manos las olas. Escoge un gigantesco pino, robusto cual un álamo, y a golpe de su clava lo desarraiga arrastrándolo hacia la ribera, mas antes de llegar a ella, cúbrese con su piel de león y va a apagar la sed que le devora en un manantial.

A toda prisa luego despójase Hércules de su vestidura, arroja el arco, las flechas, y a recios golpes de su clava desarraiga el pino corpulento.

Terminada la hazaña recoge su veste, esgrime el árbol cual si fuese una lanza pensando en ir a buscar a su escudero, y a los nautas.

Entre tanto, el mozo en espera de su señor, prepara una agreste mesa para los comensales. siempre fiel a Hércules que le arrancó de las garras de Drope en formidable lucha trabada cerca del sacro manantial que abrevará ahora Hércules.

Corrían los días en que las ninfas celebra-



...y esgrime el árbol cual si fuese una lanza.



ban a Diana con danzas y sonoros cánticos, ansiosas de lucir en las fuentes su intacta belleza. Desde lejanas montañas y floridos valles iban apareciendo, primero, las que guardaban las selvas, luego, las de los vergeles y ante el estático Hilas, mostróse una encantadora náyade, cuya blancura le fascina.

La luna desde lo alto de los cielos presencia la escena, y el mozo que se ha tendido boca abajo para beber el agua cristalina, inclínase tanto sobre el manantial, que la náyade asiéndole por los brazos, le arrastra hacia el cáuce.

Polifemo que se había alejado de la nave y recorría el solitario valle en busca de Hércules, oye el lamento desgarrador que exhala Hilas al sumergirse, y desnudando su acero corre en dirección hacia donde partió la voz.

La furia se ha apoderado de él, y unas veces piensa que feroces bestias devoraron al mozo, y otras, que ha sido víctima de audaces ladrones. Blandiendo el arma, prorrumpe en atronadores gritos con los que le llama, pero en vano, porque la náyade le retiene bajo las ondas.

Polifemo apartándose del manantial a don-

de le condujo el eco, se interna entre las espesuras del follaje y cuando su inquietud llega al colmo, se tropieza con Hércules y así le habla :

—Soy mensajero de fatídicas nuevas. Los nautas han enviado a Hilas por agua y a preparar la mesa, pero el tiempo transcurre, y no retorna, por lo que temo que haya sido atacado por algunos malvados, o pasto de famélicos lobos. Digo esto último, porque escuché hace rato, su grito lacerante.

Hércules queda atónito escuchando las frases de Polifemo, y frío sudor baña su rostro. Mas pronto recobrándose de su inmovilidad, arroja el árbol que cortó para sustituir al remo, y como un toro al que punzan los tábanos, corre furioso sin saber cual sea la senda que pueda conducirle a donde se halle Hilas muerto o vivo.

Amanece ; por encima de la cumbre de las montañas brilla la estrella de la mañana, un viento sutil irisa las ondas, y Tifis el piloto da la orden de levar anclas para que de nuevo surque el Argo la procelosa superficie. A Jasón

le aflige una intensa pena : Hércules se ha quedado en tierra.

La nueva travesía conduce al Argo a una comarca en donde impera un rey protervo : Amico, quien marcha hacia la nave deseando inquirir cuando zarpó, a donde va, de donde viene, y lo que desea. Sin atender a las prudentes frases de Jasón, exclama enfurecido :

—¡ Execrables piratas ! Escoged uno entre vuestras filas para que luche con el más fuerte de mis atletas, y preparaos a sufrir el yugo que he de imponeros.

Adelántase rápido Pólux, uno de los argonautas, y le replica de este modo :

—Ten la lengua ¡ oh rey ! ¡ Acepto el reto !
¡ Soy yo, quien combatirá contigo !

Dice estas palabras sonriente, y apoderáse para proteger sus manos en la lucha, de dos *cestos*. Su hermano Cástor que está a poca distancia, le ata los improvisados guantes para el pugilato, mientras los servidores del rey preparan a éste para la pelea. Fórmase círculo en torno de los púgiles, y ambos atletas alzan los puños a la altura de sus frentes ; luchan con breves treguas, empapando el sudor

sus cuerpos. De repente, el rey empínase y descarga, como quien va a matar a un buey, fortísimo golpe sobre Pólux quien le esquivo, y acomete a su vez a su enemigo, logrando aplastarle el cráneo.

La multitud prorrumpe en atronadores gritos, pide venganza para su rey, y exterminio para los argonautas. Estos, cual movidos por resorte mágico, saltan de la nave, aprestánse a combatir junto a Pólux, y trábanse innúmeros combates cuerpo a cuerpo, hasta que por fin vencidos los terrestres, abandonan el campo, y sus enemigos se llevan los más velludos carneros.

Prosigue el Argo su viaje por la misteriosa ruta sembrada de peligros, y arriba a las costas de Bitinia donde impera Lico. En el litoral tiene su cabaña Fineo, el más infeliz de los mortales, víctima de la venganza de los dioses, pues habiendo recibido de ellos el don de profecía, reveló el secreto olímpico, y le condenaron a larga senectud, al ayuno eterno, y a la pérdida de la vista.

Compadecidas las personas pías de su desventura, llevábanle a su soledad algún re-

frigerio, pero las hediondas Harpías, mujeres de pesadas alas, corvos picos, garras de buitre, y pecho humano, descendiendo de las nubes precipitábanse sobre la cabaña arrebatándole el necesario sustento. Una mañana el ciego escuchó el rumor de muchos hombres que se acercaban y como no ha perdido el don de profecía, adivina que son la hueste redentora que Júpiter, aplacado, prometió enviarle desde Grecia, cuando considerase suficiente el castigo.

Avanza el ciego tentando la pared con su cayado, mas flaqueánle las piernas, y se desploma. Cuando recobra el sentido, está rodeado por los argonautas que acudieron con Jasón a prestarle socorro. El infeliz prorrumpe en estas palabras :

—Sois la flor y nata de la raza helena, os reconozco, os manda Jasón, venís en busca del vellocino de oro, y el nombre de vuestra hermosa nave es Argo.

Luego, con frases entrecortadas, les refiere su trágico destino, y los argonautas, ofrécnle destruir a las Harpías y vengarle. Para atraer a los femeninos monstruos, sirven opíparo fes-

tín poniendo la mesa ante Fineo, mas no bien éste lleva la mano al plato, las Harpías, lanzando alaridos ensordecedores, bajan de las nubes.

Intentan los nautas ahuyentarlas con sus gritos, pero sólo consiguen aumentar su atroz voracidad, no alejándose hacia el mar, hasta quedar saciadas. Vuelan los intrépidos protectores tras ellas con las espadas desnudas, y consiguen exterminarlas, mientras los que quedaron en tierra meten al ciego en un baño perfumado. Le sirven suculenta cena, y sabiendo que posee el don de profecía, le ruegan que les prediga el porvenir. Obedece el anciano, y les anuncia graves peligros previniéndoles que procedan con prudencia, si no quieren malograr el éxito de la expedición, y termina así:

—Enviad una paloma exploradora, y si atraviesa el mar con sus alas intactas, enderezad la proa hacia las rocas; empuñad los remos esperando el momento preciso en que termine la paloma de cruzar el Estrecho; cuando se aparten las rocas, remad con toda fuerza, y el Argo pasará por donde pasó el ave, mas

si acaso el pájaro no lograrse abrirse camino, virad de bordo, y volved a vuestra patria. Volved, porque os aguarda suerte igual a la de la paloma, y vuestra muerte seguiría a la suya.

¡ Es quimera luchar contra los dioses ! Aunque vuestro bajel fuese de hierro en vez de ser de madera, se haría pedazos contra las rocas. El estrecho que vais a atravesar le bordean las Simplégades... Sucederá lo que los dioses dispongan, mas si lograis que el Argo penetre en el Ponto Euxino, navegad hacia la derecha, y no hacia el centro, seguid la costa, doblad un cabo que se destacará entre blanquísimas espumas, pasad por delante de la desembocadura del caudaloso Halis, y continuad hasta encontraros en la inculta tierra de los cálibes.

Hizo el ciego una pausa, y terminó afirmando que no podía revelarles los decretos de Júpiter, pero que cruzasen la barra del río, y no lejos encontrarían una gran torre, mansión de Etas. No muy apartada de ella, estaba el bosque consagrado a Marte, y colgado de una robusta encina el vellocino de oro, al que guardaba de día y de noche un dragón vigilante.

Quedóse el caudillo perplejo, mas reponiéndose rogó al vate que terminase la profecía, anunciándole, si podría salir con el Argo del Ponto Euxino, y regresar a Grecia sin que le cerrasen las rocas Simplégades el paso.

—Hijo—replica Fineo—, el mayor peligro estriba en franquearlas, y si lo logras, cobra aliento. Alguna otra deidad tutelar te guiará por costas y por mares.

CAPITULO III

EL PASO DE LAS SIMPLÉGADES

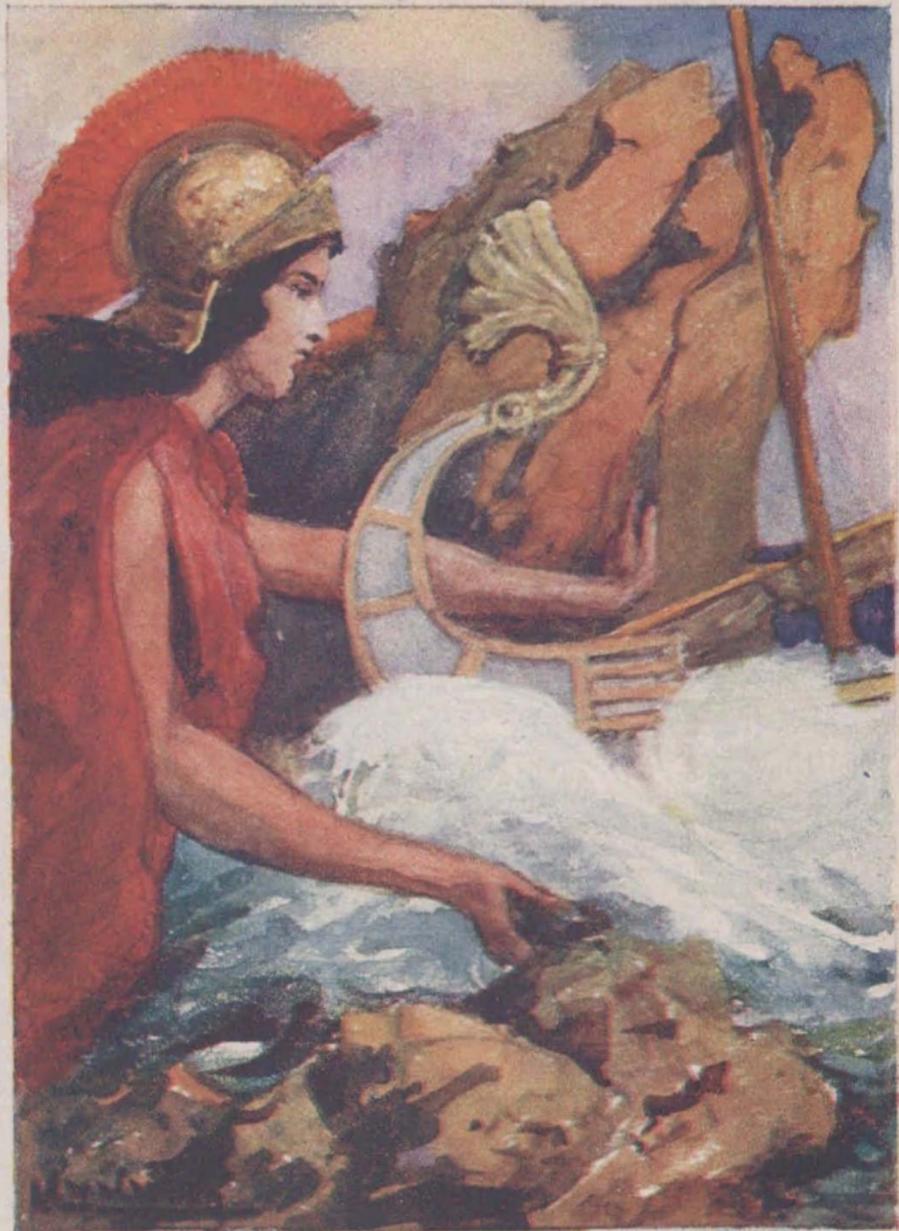
Los argonautas levantan anclas, y Minerva oculta, les anima, pues sigue, no sin zozobra, la expedición de Jasón, para lo cual vuela sobre una nube, hiende los aires, y alcanza las riberas del Ponto.

El Argo avanza hacia el tortuoso Estrecho al que protegen altísimos peñascos por ambos márgenes, la quilla de la nave rasga las procelosas ondas, y todos se estremecen al escuchar el fragor del agua que revienta sobre las rocas flotantes. Ejecútase lo que aconsejó el ciego. Eufemo lanza la paloma y el ave desplegando sus alas, dirige el vuelo hacia las rocas, mientras Tifis, con breves frases alienta a los heroicos remeros. De improviso las rocas se apartan y el ave cruza entre ellas como una flecha. Cada roca deja una vorágine de espumas, el

oleaje impulsa a la nave sobre la superficie líquida, y la paloma perdiendo algunas plumas de su cola, regresa, y tras ella precipítanse los argonautas, que ven abrirse los abismos a su paso.

Por fin salen del temible Estrecho, tienen ante los ojos el magnífico espectáculo del Ponto Euxino, mas una ola gigantesca amenaza tragarse al Argo cual frágil leño, y sepultarle en las insondables profundidades.

Aterrados, bajan todos la cabeza, pero Tifis el piloto, hace virar el bajel tan rápidamente, que queda en la cresta de la ola, y el empuje llévalos muy lejos de la temida boca del Estrecho. Redoblan sus esfuerzos los remeros, luchando desesperadamente contra la mar embravecida. El Argo va a sumergirse, crujen sus tablas, y hubieran perecido si Minerva no les preservase del inminente naufragio, deteniendo con su mano izquierda la peña flotante que iba a aplastarles. Con la derecha, la diosa saca a flote el casco del Argo, y lo empuja hacia el Ponto Euxino, pero no ileso, pues recibió fortísimo golpe, cuan-



...deteniendo con su mano izquierda la peña...



do chocaron la roca de Asia y el peñón de Europa.

Salvado el Argo por la intervención milagrosa de Minerva, nada tienen ya que temer los nautas de las Simplégades que quedan desde entonces fijas en su sitio, y contemplan la planicie del mar, en el que se refleja un cielo azul sin nubes. Pasado aquel peligro, es preciso continuar la empresa sobre aquellas frágiles tablas, y Tifis les dirige esta arenga:

—Nos hemos salvado hoy camaradas, pero no gracias a nuestros remos, sino gracias a Minerva, la que dió virtud divina a nuestra nave, cuando proporcionó los planos, tú, caudillo no temas proseguir el viaje, pues bien palmaria queda la protección de la diosa.

Jasón replica en estos términos:

—No intentes alentarme, amigo Tifis, debí desobedecer el pérfido mandato de Pelias, y desde que el Argo vaga por los tempestuosos mares, siento formidable responsabilidad pesar sobre mis hombros; nada me importan los propios, mas ¿qué haré si al regresar a Grecia no llevo conmigo a los valientes nautas que a mi voz abandonaron sus hogares? Hemos de-

safiado la ira del mar, mas me infunde temor las alevosías que van a asaltarme en tierra.

Los camaradas le vitorean, dáse por terminada la plática, y dirigen la proa de la nave hacia el cabo Negro, región que riega el caudaloso Filis. Anclan en la isla desierta de Tinia-da, y aunque es difícil la maniobra, la aparición de Apolo enciende el gozo en sus pechos.

El rostro del dios va encuadrado por sus rizos de oro que semejan racimo otoñal de uvas maduras ; en la mano izquierda ostenta el arco de plata, lleva a la espalda su carcaj y el mar se estremece bajo su planta. Los argonautas póstranse de hinojos, clavan la vista en el suelo, y sienten alejarse envuelto en resplandores, al númen tutelar de la isla de Delfos.

Deciden proveerse de piedras, y construir allí mismo un templo místico dedicado a la Concordia, y Céfiro premia su devoción, haciendo soplar bonancible brisa que les permite abandonar la isla, e internarse por el río, a través de la comarca mariandina. Transcurre la noche entre vientos contrarios y al despun-

tar la nueva aurora, fondean en la rada de Aquerusia.

Un promontorio cubierto de fragosa vegetación la limita entre escollos sobre los que se retuercen espumantes las olas. A lo lejos las aguas del mar Bitinio rugen con estrépito aterrador, y cuando los argonautas vuelven sus ojos hacia el valle, distinguen una lóbrega hendidura que es la entrada inaccesible del misterioso Averno. De la hendidura sale un hálito glacial, que congela la espuma y gimen junto a ellas las furiosas olas, desembocando a pocos pasos el Aqueronte.

La calma que reina en la atmósfera obliga al Argo a echar el ancla junto al promontorio, y los habitantes del país que saben la victoria obtenida sobre su enemigo mortal, el rey Amico, salen a recibir a los nautas con frases corteses y el rey, al que preceden sus súbditos, les brinda con fraternal alianza. Los homenajes se reparten entre el invicto Jasón, caudillo de la hueste, y Pólux el vencedor de Amico.

Cuando el rey agasaja a Jasón con opípara cena, éste pide que le acompañen todos sus camaradas, y sentados a la mesa, refiere los epi-

sodios del viaje, y la amargura que les embargó cuando echaron de menos a Hércules, así como el peligrosísimo paso de las Simpléguas, pero lo que más entusiasmo al auditorio es el relato de la aparición de Apolo en la isla desierta. El rey entonces ruega a Jasón que embarque en la nave a su hijo Dasquilo, gran conocedor de la costa, y a quien aman y respetan sus moradores. Después de las sabrosas pláticas que prolongan el festín, el rey conduce al príncipe al Argo, y hace donación de ricas provisiones.

Era forzoso que se cumpliese lo que estaba escrito en el libro del Destino, y cuando Idmón vagaba por entre los cañaverales de la ribera, encontróse con un gigantesco jabalí, herido ya por el venablo de diestro cazador. Esto no obstante, la fiera arranca a Idmón la vida, y los argonautas permanecen tres días más en el país para levantar a su compañero un túmulo de cal y arena. Luego se apoderan del mástil de una barca vieja, y le ponen de remate al spulcro, mas ¡ oh prodigio ! todas las primaveras retoñan sus hojas porque Idmón, por la

omnipotencia de Apolo, se convierte en númeron.

Antes de la marcha es preciso elevar otro tímulo gemelo que proteja el eterno sueño de Tifis el piloto, porque cuando regresaba el cortejo de sepultar a Idmón, Tifis cayó súbitamente al suelo para no levantarse más. Difícil fuera que los argonautas recobrasen ánimo ante el espanto producido por estas muertes, si Anceo, el que acompañaba a Hércules en el banco, no despertase su valor, pronunciando palabras inspiradas por la diosa Juno.

Anceo solicita que le autoricen a cambiar el remo por el timón, lo que se le otorga, tras de breve disputa, y el duodécimo día el Argo se hace de nuevo a la vela, y con toda su lona desplegada, avanza por el Ponto. Lo primero que descubren a la derecha, es el mausoleo de Esténelo, héroe muerto por la flecha de una amazona, mientras atravesaba la región. El ánimo del difunto impide que el baiel avance, pues Esténelo ha implorado de Proserpina, que le permita por unos instantes contemplar a otros hombres como él. griegos, y aparécese a los argonautas, cubierto con su armadura de

combate, y ostentando su roja cimera. Durante un minuto extiende la diestra hacia la nave, y luego desaparece en las profundidades del Averno.

La trágica aparición llena a todos de espanto, y deseando propiciarse los númenes de aquel mar misterioso, recogen velas, y van a fondear cerca del sepulcro de Esténelo, improvisando un rústico altar en el que sacrifican blanquísimas ovejas, y queman incienso que sube al cielo en espirales.

Cuando regresan a la nave Orfeo entona un himno a Apolo, y el Argo sin inclinarse ni a una ni a otra banda, sino semejante a un gavián, aléjase rápido de la playa, pasa sin amainar su velamen frente a la desembocadura del río de la Virgen, llamado así porque acostumbraba bañarse en él la casta Diana rodeada de sus ninfas, e impulsado por vientos bonancibles que ayudan a los remos, llegan al territorio asirio.

Encuétranse ahora en la región de las amazonas, de cuyas montañas manan fuentes sagradas que fecundando las campiñas, van a perderse en ríos que conducen estos manan-

tiales hasta el Ponto; los argonautas detenidos allí por una borrasca, quisieran continuar en el puerto provisorio, pero les es imposible, pues tendrían que combatir con dudoso éxito contra las amazonas, mujeres a ningunas parecidas, que se aprestan cual fieros varones, a acometerles.

Cede el viento cuando va cayendo la tarde, y el Argo endereza su rumbo al Norte, y al acercarse a una isla ven los nautas un pájaro audaz que volando sobre el mar, cae cerca de uno de ellos, le pica en el hombro izquierdo y le hace soltar el remo. Antes de que el ave misteriosa se pierda en lontananza, los nautas ven con asombro, que una pluma se ha clavado en la carne de su compañero, y que otros pájaros vienen a posarse sobre su nave. Anfidamante, uno de los argonautas, se expresa así:

—Esta isla que tenemos a la vista es territorio de Marte, y por lo tanto es inútil que intentemos desembarcar. Prueban mi aserto esas aves rapaces, y no es desdoro la retirada, pues el vate ciego nos aconsejó la prudencia. Lancemos al unísono un grito estentóreo, agi-

temos nuestras alabardas y plumeros, y tal vez el repentino estrépito asustará a los pájaros.

La falange marina acepta el consejo, forma con sus lanzas y sus escudos una techumbre que les proteja del ataque de las terribles aves, y estalla en el bajel un ruido horrísono. Los fieros pájaros no se amedrentan, sino que por el contrario, acuden en bandadas cerniéndose sobre el Argo y los nautas, cual heroicos campeones, tienen que sostener el ataque, hasta que los alados enemigos cruzan el Ponto y van a perderse en sus lejanas orillas.

Sobreviene una fuerte tempestad, el cielo queda velado por la lluvia, mientras las olas combaten con violencia al Argo, y el vendaval desgarrá sus velas. Al alborear el día aparecen ante los nautas cuatro náufragos acongojados que al ver que ellos hallaron refugio en la playa, se dirigen hacia allí, asidos a los tablones en que lograron salvarse. Uno de ellos implora a Jasón, que adivina que es el jefe, diciendo:

—Acoge, benigno, nuestras súplicas, ¡oh,

nauta ! La tempestad destruyó nuestra barca, perecemos de hambre. En nombre de Júpiter os pedimos auxilio, dadnos ropas que cubran nuestra desnudez, alimento, cobijo.

Jasón, cual si algún numen se lo revelase, comprende que se cumplen las palabras de Fineo, y así les replica :

—Os juro que tendréis las tres cosas que demandáis, pero, decidme : ¿por qué os habéis hecho a la vela con temporal tan duro ? ¿Cuál es vuestra estirpe, cuál fué el objeto de vuestro viaje ?

Uno de los mancebos responde :

—Recordad que Frixo vino desde Grecia al reino de Etas y que usó como cabalgadura un carnero de vellón de oro, donación de Mercurio, cuya áurea piel aún puede admirarse. El rey hospedó a Frixo en sus alcázares y le dió a su hija Calciopa por esposa. Nosotros somos fruto de ese matrimonio, nuestra madre aún vive, pero Frixo ha muerto. Sabed nuestros nombres : este es Citorisoro, aquel de tez obscura es Frontis, Melas el de los cabellos rubios, y a mí me llaman Argos.

Jasón responde :

—No dudo que Júpiter os envía a mi encuentro. Vengo de Grecia, pero debo marchar mañana a lueñas tierras, a Aia, capital de la Cólquide.

Da en seguida la orden de que se proporcione a los náufragos vestidos y alimento, y diríjense luego a un edificio que sirve de templo, en cuyo pórtico levántase el ara. Terminada la ofrenda propiciatoria y la cena, Jasón habla a los náufragos en estos términos :

—Todo lo que ocurre está dispuesto por Júpiter Supremo que acaba de salvarnos de la tempestad, embarcad en mi nave si así os place, y ella os conducirá o a Aia o a Orcómeno : la diosa Minerva construyó mi bajel cortando robustas hayas con su segur de diamante, y la tempestad, cuando atravesamos el Estrecho, no logró sepultarla bajo las rocas movedizas. Puesto que la Fortuna os ha traído aquí, servidnos de pilotos, ayudadme a cumplir mi misión de transportar a Grecia, cuna de nuestros padres, el vellocino de oro ; de este modo cumpliréis la voluntad de Frixo y aplacaréis la ira de Júpiter.

Las palabras de Jasón llenan de espanto a los cuatro mancebos, que comprenden que no será fácil arrebatarse al rey Etas el vellocino. Argos describe a los nautas los grandes peligros que tendrán que correr, pues fiero dragón que jamás duerme, custodia el vellocino, cumpliendo las órdenes del rey. A estas frases, replica Peleo con audacia :

—¿Os imagináis, mozos, que ha de faltarnos aliento para vencer al enemigo? Mal nos conocéis. Nosotros somos descendientes de los dioses, y si el rey Etas se negara a entregar a Jasón el vellocino de oro, nuestra hueste le obligará a hacerlo.

Nada añaden los hijos de Frixo, y despléganse las velas ; corre veloz el Argo sobre las aguas del Euxino dejando atrás montes y ríos, hasta que penetra en un golfo que tiene a su espalda la fragorosa cordillera del Cáucaso. En una de sus cumbres está Prometeo sujeto por cadenas, sirviéndole sus entrañas de festín a un buitre feroz. Desde la nave oyen los marinos el aletear del pájaro infernal que devora incansable, el hígado del titán, y aun-

que de lejos, distinguen sus garras enrojecidas por la sangre.

A la vista del trágico buitre, tiembla el Argo, solloza su velamen, y los nautas, confusos, quisieran no escuchar los desgarradores lamentos que llegan hasta ellos.

CAPITULO IV

INTERVIENEN LAS DEIDADES DEL OLIMPO

El piloto consigue, por fin, conducir la nave a la desembocadura del caudaloso Fasis, que señala uno de los límites del Ponto Euxino, y los remeros guardan bajo cubierta las velas, valiéndose únicamente de los remos para remontar el río.

Pronto descubren el campo de Maborte y su bosque sacro, de una de cuyas encinas pende el vellocino, al que custodia formidable dragón. El caudillo de los argonautas llena su cincelada copa de oro con exquisito licor y miel, invoca a los númenes locales, y vierte su contenido en las aguas del río, luego eleva fervida plegaria a los dioses, y para propiciarse las ánimas gloriosas de los héroes muertos, hace quemar incienso, rogándoles que las áncoras del Argo encuentren cómodo le-

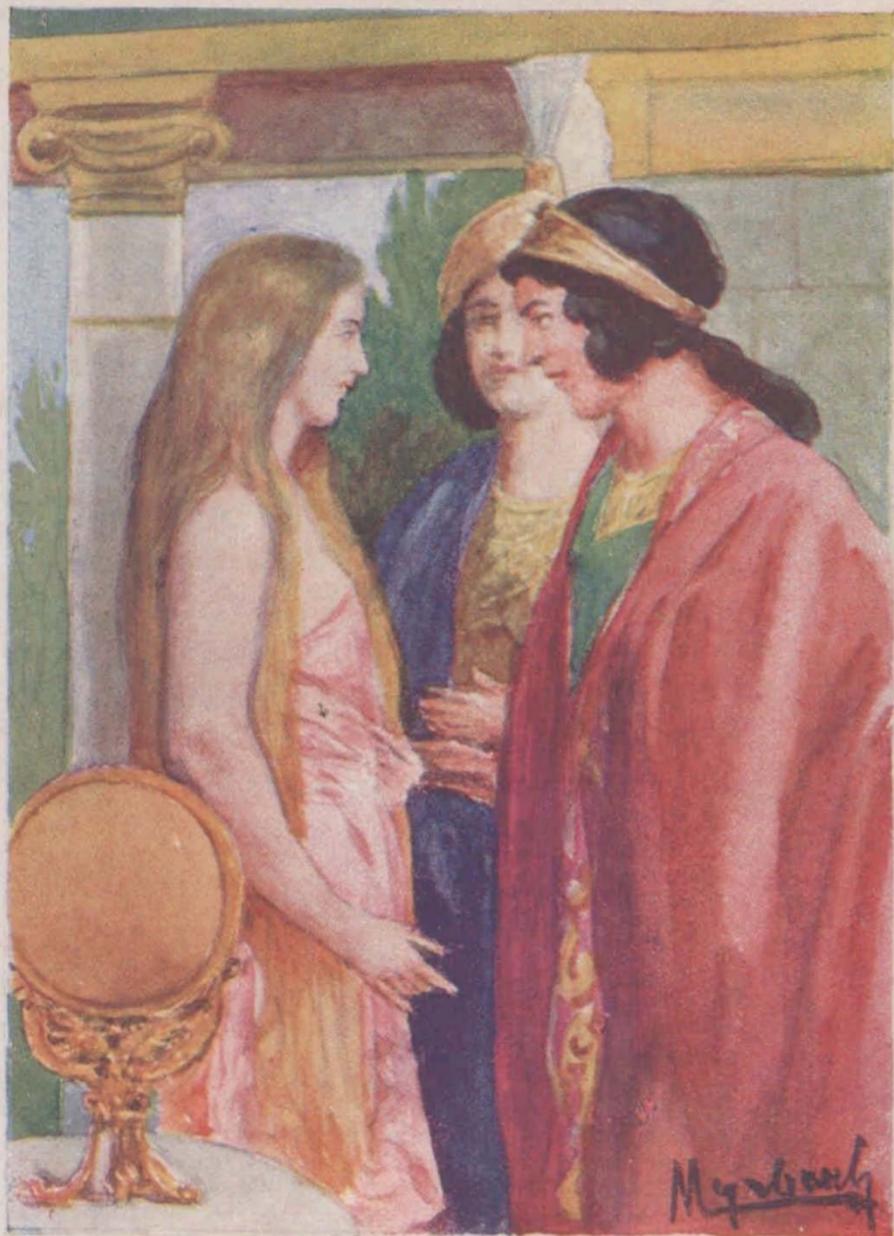
cho en el hondo cauce. Terminada la ceremonia, exclama Anceo :

—Estamos ya en aguas de la Cólquide, y a orillas del Fasis centro de su poder. ¿Cómo nos mostraremos a su rey, en actitud hostil o humilde?

Jasón no responde y resuelve anclar lejos de la orilla, a la sombra de añejos árboles que oculten, protegiéndola, a la nave. El sueño bienhechor cierra los párpados de los marinos, que no se despiertan hasta que la naciente aurora les toca con sus dedos rosados.

La arboleda escondía a maravilla al Argo y sus tripulantes. Pero a través de las frondas, divísanlo Juno y Minerva, quienes, retirándose al Olimpo, celebran en recóndita estancia una conferencia. Juno fué la primera en hablar y dijo :

—Hija de Júpiter, portento de sabiduría, ¿cómo lograrán los audaces navegantes apoderarse del codiciado vellocino? El que vaya a pedírselo a Etas necesita tanta prudencia como denuedo ; es imposible vencer al rey en buena lid, mas hay que obtener la victoria a todo trance.



Cuando aparecen las dos diosas, invítalas...



Minerva respondió :

—Excelsa Juno : temo, como tú, por la expedición, mas no alcanzo a concebir un plan que desbarate los intentos del enemigo.

Juno propone, que olvidando añejas quere-llas, vayan ambas a visitar a Venus y le ruegan que ordene a su hijo Cupido que atravesase el pecho de Medea—maga y princesa hija de Etas—, con una de sus flechas, consiguiendo de este modo, que se enamore de Jasón.

—La estratagema es lícita—responde Minerva—. Nada entiendo de dardos amorosos, pero vamos a buscar a la diosa de Citeres.

Hallábase Venus en su soberbio palacio de Chipre, construído por Vulcano, y alisa sus cabellos rubios con peine de oro, extendiéndolos cual áureo manto, sobre sus espaldas y sus hombros marfileños. Cuando aparecen las dos diosas, invítalas amablemente a que expongan el motivo que allí las trae. Juno comienza :

—Ha arribado a la Cólquide una nave tripulada por Jasón y muchos héroes griegos. Me intereso por ellos, y deseo que el caudillo salga airoso de la temeraria empresa de apo-

derarse del vellocino de oro. He de decirte, ¡oh, diosa!, que tengo con ese doncel una deuda de gratitud. Una vez descendí a la Tierra en forma de mendiga, y por la noche me sorprendió la lluvia torrencial, haciendo intransitables los caminos la nieve y el granizo. Encontréme con Jasón que regresaba de una cacería, me tomó sobre sus hombros y me llevó por entre los riscos; desde entonces le dispenso mi protección. ¿Puedo contar contigo?

Medita Venus unos instantes, y luego responde:

—Ardo en deseos de secundarte, pero bien sabes que dispongo de escasos medios bélicos, comparados con los vuestros.

—Sólo te pedimos que llames a tu hijo Cupido para que dispare uno de sus dardos, hiriendo en el corazón a la hija de Etas, la que enamorada, ayudará al caudillo de los argonautas a conquistar el vellocino de oro, y luego en compañía de él, emprenderá la ruta de Jolcos.

Replica Venus, arguyendo que el niño-dios es insolente y travieso, indómito y caprichoso,

pero sin embargo, está dispuesta a intentar que el Amor intervenga en la empresa.

Sepáranse las tres diosas, y Venus se dirige al vergel del Olimpo, donde encuentra a Cupido jugando a los dados con Ganimedes. Trata Venus de seducir al lindo infante, ofreciéndole como regalo una esfera fúlgida esmaltada de azul, partida en círculos y rodeada por una lámina de oro lisa y plana.

—Cuando arrojes esta pelota mágica—dice la diosa—, la verás flotar en los aires cual una estrella. Será tuya si lanzas al seno de Medea un dardo que lo traspase; parte sin demora, y obtendrás el ofrecido premio.

Tira el rapazuelo los dados con que jugaba, con planta veloz atraviesa el umbral étereo del Olimpo, explora el rumbo que debe seguir, despliega sus alas, y desciende a la Tierra. Los dos polos, que cual pilares sostienen el mundo, se elevan gigantescos en el firmamento, el sol matiza las altas montañas con su luz púrpurea, y el agua, cual un cristal, copia en su linfa las frondas. Desde las nubes todo lo ve Cupido; aclárase más y más la visión panorámica a medida que se aproxima

a la tierra, y aumenta a la vez la percepción de sus oídos.

Entre tanto, los argonautas permanecían anclados en el río, cada uno quieto en el banco correspondiente, y escuchando sin interrumpirle, las vibrantes palabras de Jasón.

—Camaradas—dice el jefe—, nuestra empresa es común y si no regresamos triunfadores al Peloponeso, será por nuestra culpa. Oíd mi plan: permaneced en el *Argo* sobre las armas, yo desembarcaré. Acompañado por los hijos de Frixo, me dirigiré al palacio del rey Etas, le presentaré mi demanda, e intentaré que mis persuasivas palabras le decidan a entregarnos el vellocino de oro. A veces los lisonjeros discursos vencen mejor que las espadas. Cuando Frixo vino aquí huyendo de su fiera madrastra, Etas le acogió bondadoso, para cumplir el mandato de Júpiter que ordena la hospitalidad ¿por qué habrá de negármela a mí?

Asienten todos, y Jasón prepárase a la marcha sin más escolta que Telamón, Augias, y dos de los hijos de Frixo. Han de atravesar en su marcha una dilatada llanura, y para

que los habitantes de la Cólquide no les cierren el paso cuando lleguen a la ciudad, Juno envuelve a ésta en cendales de niebla, que ocultan a Jasón y sus compañeros, los cuales detiéndense al encontrarse enfrente al palacio real y en cuyo instante, la niebla se disipa.

El frontispicio de la regia morada es de mármol, le decoran áureos bronce, y le sirve de remate alta cornisa de jaspe; en el centro del alcázar hay un jardín que es a la vez patio, y en él brotan cuatro fuentes. De la una mana riquísima leche, de la segunda, oloroso aceite, de la tercera, sabroso vino, y la última deja correr agua cristalina que es fría en el estío, y cálida en invierno.

Vulcano ha donado al rey unos bueyes mágicos que forjó en su fragua, y que tienen los pies y las astas de bronce; el arado que arrastran es irrompible. En la parte superior del palacio habita Etas, y cerca de las estancias mora el rey con su segunda esposa, la reina Idiya, y el hermoso príncipe Absirto, nacido de una ninfa. En el otro extremo, está el departamento de las princesas Calciopa, viuda de Frixo y la virgen Medea.

Ambas encuéntranse en su cámara, mas al escuchar el ruido de la llegada de los argonautas, asómase Medea y lanza un grito al contemplar a Jansón. La princesa debiera hallarse en el templo, porque es sacerdotisa de Hécate, y aquella hora matutina correspondía a su servicio, mas Juno la ha detenido en el alcázar, deseosa de ponerla cuanto antes en presencia del audaz mancebo. El grito alarma a Calciopa, quien corre hacia la puerta del palacio, y al reconocer a sus hijos les abraza ufana.

Los siervos preparan en lejana estancia, el baño para el rey, y entre tanto Cupido invisible, se ha deslizado entre las columnatas del pórtico, y se acerca a Jansón, que en aquel momento se apoya en su espada. El travieso rapazuelo extrae de su carcaj una flecha agudísima, que jamás ha sido disparada, ajusta la cuerda al arco, y lanza el dardo a Medea.

Seguro de que traspasó el corazón de la maga, Cupido cruza el atrio, y aléjase riendo a carcajadas.

Medea no puede apartar sus ojos del bello rostro del jefe de los argonautas, y si sus la-

bios están mudos, las pupilas hablan, modulando silenciosa súplica. Se da cuenta de que un insensato amor se ha apoderado de ella, y la sangre afluye a sus mejillas, coloréandolas y si se retira, empaña a éstas la palidez de la muerte.

El rey Etas recibe con afables modales a sus nietos, y a los extranjeros que con ellos vienen, escucha atento la narración de ambos mozos que le relatan el naufragio sufrido frente a la isla de Marte, y el socorro que les prestaron los argonautas.

—Estos hombres que me acompañan—dice uno de los jóvenes—, son descendientes del gran Eolo; les envía para hacerles perecer en atrevida empresa, un rey protervo, que les ordenó que rescatasen el vellocino de oro, si quieren aplacar la cólera de Júpiter. Para esto aparejaron una espaciosa nave, han corrido serios peligros en los mares, pero Minerva les ayuda. Ella dió los planos del Argo, y por eso el huracán no quiebra sus mástiles, ni el viento desgarrá su lona; aquí está Jansón el jefe, y él y sus compañeros vienen a pedirte que les entregues el áureo vellocino que cus-

todías y lo conducirán en su bajel a Grecia. Te ofrecen, en cambio, ayudarte en todas tus guerras.

Incorpórase airado el rey, y exclama, arrojando fuego por los ojos:

—¡Quitaos de mi vista, traidores! Sólo por la ley de la hospitalidad, no mando que os arranquen a todos la lengua y os corten las manos, que el verdugo arrojaría luego a las llamas.

Telamón, que como Augias, no puede dominar su ira pretende abalanzarse al rey, y lo hubiese efectuado, a no interponerse el caudillo.

—Etas—exclama Jansón—, calma tus furios, y no veas en nosotros enemigos que tratan de desposeerte de lo que te pertenece. Solicitamos un favor, que haría eterna tu memoria, y al que Grecia no se mostraría ingrata.

Mientras habla Jansón, el rey medita un plan inícuo. ¿Sería conveniente asesinar a aquellos hombres allí mismo? ¿Sería preferible fingir ceder a las demandas del héroe griego, e imponerle tales condiciones que no pu-

diera cumplirlas? Decídese por esto último, y dice pérfido:

—Extranjero, nieto de los dioses, pues eres mi igual por tu estirpe: no quiero negarte lo que solicitas. El vellocino será tuyo, si me pruebas antes tu valor personal. ¡Escucha! Tengo dos toros, cuyos pies y astas son de bronce, y que pacen entre la maleza del campo de Marte. Yo soy el que impone el yugo a su cerviz, y quien les hace labrar el surco. Mi arado es de adamante, pero no siembro rubios granos, sino que en el surco arrojé los dientes de un dragón. No puede nacer de esta semilla ninguna jugosa caña, sino que genera guerreros, que luego derribo yo con mi hoz. Demuestra que puedes hacer lo mismo, y te daré el vellocino. Obras, y no palabras, son las que placen a Etas.

Jasón oye estupefacto las palabras del rey, se le anuda la lengua, mas no vacila en acometer tan árdua empresa, y replica arrogante:

—Acepto ¡oh rey! lo que propones, y con tu yunta labraré el surco, aunque el dragón me arranque la vida.

Sonríe el monarca, y le ordena que vaya a

incorporarse a los argonautas, previniéndole, que si a última hora su mano recela el uncir los toros al arado, él lo ejecutará con insuperable denuedo.

Abandona Jasón en silencio la regia estancia, y sale acompañado por los hijos de Frixo que le detienen en el pórtico, dando lugar a que desde una celosía del palacio, Medea vuelva a contemplarle con mirada tenaz, alzando su blanco velo, para verle mejor.

CAPITULO V

MEDEA

Medea queda sola en su estancia, mas grabadas están en su retina la gallardía varonil de Jasón, su armadura fúlgida y su brillante manto, y aun la enamoraron más el eco de su voz y su aire majestuoso de descendiente de los dioses. Conoce la princesa el temple de carácter de su propio padre, y prevé que Jasón morirá víctima de los toros mágicos, o asesinado de orden de Etas. Ante esta idea, abundantes lágrimas se deslizan por el rostro de la princesa, y en su aflicción, póstrase de hinojos para implorar de Hécate, de quien es sacerdotisa, la salvación del temerario argonauta.

Este, entre tanto, marchaba en dirección de su nave, y el hijo de Frixo que le acompaña, le dice:

—Debo comunicarte caudillo, que en el palacio que abandonamos, hay una princesa hábil en sortilegios, y tendríamos probabilidades de obtener la victoria, si contásemos con su ciencia, mas temo que se niegue a prestarnos apoyo, y aun dudo, de que mi madre Calciopa quiera compartir contigo los peligros de la empresa. Pérmiteme que intente convencerla, para lo cual he de retornar al regio alcázar.

—No seré yo quien te impida rogar a tu madre—responde Jasón—, mas es triste cosa que dependan de las mujeres, la vida, el honor y el éxito de los hombres.

Cuando pisan la nave, el capitán reúne a los nautas, y les comunicá las precisas condiciones impuestas por Etas para la entrega del vellofino.

—He de imponer el yugo a una yunta de toros forjados por Vulcano en su fragua, y cuyas narices humean como inflamada hoguera ; he de sembrar los dientes de un dragón mágico, y de ellos brotará una cosecha, no de ricas mieses, ni de fértiles cañas, sino que de la tierra irán surgiendo legiones de guerreros

gigantescos, que se volverán enfurecidos contra mí, y he de vencerlos. Esa es la treta de que el rey se vale para perderme. Aunque la empresa es insuperable, he venido a la Cólquide para realizar hazañas, y dispuesto estoy a acometerlas.

Los argonautas indignados, califican de insensato el propósito de Jasón, mas Peleo termina la disputa exclamando :

—Si nuestro jefe, nieto de reyes, se considera con fuerzas para acudir a la palestra, que lo haga, mas si teme que le falte el vigor, que no acepte el reto. En un caso o en otro, no permaneceremos inertes, ya que arde también en nuestras venas sangre de los dioses.

Visto el afán de Peleo de compartir los peligros del caudillo, ofrécese Telamón e Idas a secundarle y lo mismo ruega el adolescente Enides.

—Bien está—resume Argos el hijo de Frixo—, mas aplacemos los marciales aprestos, y dejadme que intente ganar a mi madre a nuestra causa, y ella a su vez a la princesa maga sacerdotisa de Hécate, que conoce las virtudes de miles de plantas, y sabe preparar filtros po-

derosos. A sus conjuros de hechicería se transforma el mundo, se apaga el fuego, tiembla la tierra tragándose ciudades, aplácense los vendavales, húndense en el mar potentes flotas, desbándanse los ejércitos y la luna se desvía de su trayectoria sideral. Si mi madre, que es hermana de Medea, consiguiéase atraerla a favor nuestro, no dudéis, ni por un instante, de la conquista del vellocino de oro.

Los dioses confirman las palabras del joven. En este instante se ve volar una paloma que viene perseguida por un gavilán. Queda el ave de rapiña clavada en el branque de la proa, mientras que la paloma se posa sobre el pecho de Jasón. Mopso el adivino profetiza:

—Los dioses se declaran en favor nuestro. La paloma nos anuncia el triunfo si conseguimos la protección de la princesa virgen; algo me dice, pues, que no querrá desoir nuestra demanda. Recordad la profecía del ciego: sin contar con el apoyo de Venus, es vana audacia intentar el combate... La paloma es el ave simbólica de Venus, y ella ha venido a posarse sobre el pecho de nuestro jefe, lancemos un

¡vitor! en honor de la diosa de Citeres, de la Venus citerea.

Aplauden los nautas, mas Idas se levanta furibundo clamando:

—¿Quieres Mopso cubrirnos de baldón? ¿En lugar de tremolar la enseña de Marte, el dios de la guerra, piensas encomendarnos a una hechicera, y contar con sus conjuros mágicos para el triunfo? Vencer así, no es glorioso, y menguados aquéllos que confían en las palomas de Venus más que en la espada del dios Marte.

Jasón no le responde, y se limita a autorizar a Argos, hijo de Frixo, para que marche al palacio de Etas mientras él permanece con los argonautas en la nave anclada y oculta entre las frondas de un remanso formado por el río.

Durante este intervalo, Etas ha congregado al pueblo cólquio en la plaza frente a sus alcázares, tratando sus mensajeros de inducir a la muchedumbre a que extermine a los argonautas. En el caso inverosímil de que su caudillo lograra uncir los toros, deberíanse incendiar los vecinos pinares de la orilla del Fasis para que el fuego se propagara al bajel. Y éste

y sus tripulantes, quedarían convertidos en pavesas.

Etas recuerda que recibió a Frixo, causa primordial de tantos males, porque se lo ordenó Júpiter, enviándole a Mercurio de emisario, y cumpliendo las divinas órdenes, le concedió a su hija, pero ahora el dios del Olimpo no le obliga, y tratará a aquel puñado de piratas, cual si fuesen una falange de ladrones, destruyéndolos a sangre y fuego.

El Oráculo ha advertido al rey de grandes males que le sobrevendrán por su propia raza, pero Etas no duda del príncipe Absirto ni de Medea, y sólo le inspira desconfianza Calcio-pa, cuyos vástagos se le presentaron en compañía de Jasón. Las órdenes regias imponen al pueblo constante vigilancia de las márgenes del Fasis, para impedir que ni uno solo de los argonautas pueda internarse en la comarca y trocarse más tarde en germen de innúmeras desventuras.

Medea ignora las determinaciones tomadas por su padre, y a veces, se figura que el capitán de la nave griega, no ha venido a la Cólquide únicamente por el vellocino, ni que para

conseguirlo acepta un combate trágico, sino que aspira a hacerla su esposa, llevándosela a su reino y a su palacio. Sueña con él, le ve tomar el arado y domar los toros, pero Étas niégase a cumplir su promesa y entáblase una lucha a muerte entre el nauta y el rey, exigiendo el Destino que sea la princesa árbitro de la lucha. Decide Medea en favor del extranjero y huye con él en su espaciosa nave.

Despiértase de pronto y comprende que todo ha sido un sueño, mas aún retumba en sus oídos el grito de su padre que la horroriza. Para calmarse dícese que el capitán ha de tomar esposa en Grecia, y ella se resuelve a permanecer siempre vírgen. No queriendo confesarse que ayudará a Jasón porque le ama, pretende convencerse que lo hará porque vienen con él los hijos de Calciopa.

Levántase del lecho y va a la estancia de su hermana, pero antes de hablar con ella, la viuda de Frixo solicita su ayuda en favor de los argonautas, y Medea acepta el protegerles.

—¿Podrás inventar algún ardid—le dice Calciopa—, que ponga a cubierto al capitán y a su nave de los malignos designios de nues-

tro padre? La vida de Jasón está ligada a la de mis hijos.

—No hay sacrificio de que no sea capaz por ellos—responde la hechicera—, pero, es forzoso que mi intervención permanezca oculta. A la hora del alba, iré al templo de Hécate, y llevaré las hierbas necesarias para preparar el ungüento mágico que desarmará a los toros.

El silencio y la oscuridad reinan por todas partes y Medea aprovechándose de las densas sombras, trata primeramente de preparar un filtro que amanse a los toros, mas ve que nada obtiene, y entonces se desploma murmurando :

—No sé ¡ oh diosa ! si me será posible salvar ese mancebo, o tendré que dejarle morir. Tal vez fuera ésto lo mejor, y que perezca el jefe lejos de los argonautas, pero... ¿ qué digo ? mi amor no se extinguirá con su muerte, y temo que ni aún la mía, hiciera cesar la pasión que me abrasa ¿ por qué no cortará la Parca el hilo de mi existencia antes que las gentes de la Cólquide se burlen de mí y digan que me ha arrastrado al sepulcro el insensato amor que siento por el hermoso extranjero ? Morir, morir ahora es preferible, así quedaría a salvo

mi honor de sacerdotisa, y no mancharía el nombre de mis padres.

Saca un cofrecito de oro bruñido, y empieza a destapar los frascos que contiene; sólo le falta sorber el tóxico, pero no... No quiere morir. Cierra el cofrecito con áurea llave, horrorizada ante la idea de renunciar a los placeres que le brinda la vida y la juventud, y al asomarse a la celosía, ve que en el lejano horizonte aparece la aurora y la saluda con armonioso canto. Ya decidida, unge su cuerpo con perfumes, se ciñe con ricos broches su más espléndida veste y cubre sus cabellos con blanquísimo velo, preparándose a marchar al templo de Hécate. Antes de salir, escoltada por sus doncellas, rebusca en sus arcas hallando el hechizo que colma sus deseos.

Saca una raíz semejante a la carne humana, unida a una flor amarillenta, que destila jugo negruzco. Brotó la flor en las pendientes del Cáucaso, al humedecer la tierra las gotas de sangre que, extraídas de las entrañas de Prometeo chorreaban las garras del gigantesco buitre. La princesa debe preparar en una concha marina la unción que hará invencible

al capitán, concha cogida por ella misma en las márgenes del mar Caspio. Al cortar la raíz, se envuelve para hacerlo en negrísimo manto e invocando siete veces a Brimona, la diosa errante, vagabunda nocturna que anima a los espectros. Entonces, la tierra rugió y Prometeo desde su cumbre lanzó un alarido cual si desgarrasen más hondamente sus entrañas. Pero Medea impávida, hace el conjuro. Guarda la unción en cristalina redoma, y escondiéndola entre los pliegues de su ropaje, se dirige al templo.

Al llegar frente al atrio, ordena a sus doncellas que la acompañan, el mayor secreto sobre todo lo que han de ver, y así les dice :

—Calciopa me acosa para que con mi magia salve al caudillo de los argonautas, y estad seguras de que si lo consigo, ha de haber innúmeros regalos para vosotras, mas si me descubris, perderéis honra y provecho, por que el rey os mandará dar la muerte. Quedaos afuera en el pórtico, y cuando veais que el capitán se acerca a tener una entrevista conmigo, dejadle pasar, e impedid que nos interrumpan. El me trae ricos presentes que com-

partiré con vosotras, pues condescendiendo a los deseos de mi hermana, voy a proporcionarle el unguento que le hará invulnerable a los toros de pies de bronce.

Jasón ha recibido aviso de que en el templo de Hécate le aguarda la princesa Medea y hacia allí se dirige, acompañado sólo de Mopso el agorero, y de Argos el hijo de Frixo que le siguen a corta distancia.

La fachada principal del templo da a una plaza, y en ésta hay un álamo de frondosa copa, en la que anidan centenares de cornejas. Una de estas aves simbólicas de Juno, empieza a graznar, y Mopso, conocedor del lenguaje de los pájaros, traduce el graznido así:

—Menguados son los que requiebran a las doncellas con promesas alevés, idos, curiosos y no esperéis que la Venus citerea os conceda sus favores.

Sonríe Mopso, sin comunicar a nadie lo que oyera, mas advierte a Jasón:

—Entrad cuanto antes en el templo y no empleéis palabras inútiles; la sacerdotisa os aguarda, y tened presente que el triunfo se deberá a la intervención de Venus. Desde aquí

os guardaremos las espaldas, y quiera la diosa de la hermosura que obtengáis la protección que necesitamos.

Más de una hora hacía que Medea esperaba, cuando vió la luz de Sirio en el horizonte, y poco después, con la misma majestad y belleza que el astro, apareció el capitán de la nave ante sus ojos, dejándola muda y perpleja. Jasón también permanece algunos instantes inmóvil, mas recobrándose, se expresa de esta manera :

—¿Por qué guardas silencio, hermosa virgen? No vengo a engañarte, pues una mentira en este templo, sería imperdonable sacrilegio. Vengo sí, a implorar tu auxilio, para que protegiéndome, facilites la terrible misión que se me ha confiado y que no podré realizar sin tu ayuda. La princesa Calciopa prometió que me entregarías un filtro mágico; mirame a tus plantas, dámelo, y mi gratitud será inmensa. Los argonautas que me acompañan esparcirán tu fama por todo el orbe, y madres y esposas te bendecirán eternamente.

Tras una pausa el mancebo prosiguió, halagándola :



—¿ Por qué guardas silencio, hermosa virgen?



—Permíteme ¡ oh princesa ! que traiga a tu memoria las aventuras del semi-dios Teseo ; a él le salvó otra princesa de gravísimos trances. Llamábase ésta Ariadna, era hija de Minos, acompañó al héroe en su velera nave, y ahora desde el cielo alumbra nuestra ruta. Si tu haces lo mismo por mí, tu estrella brillará en lo alto del firmamento, encendida por los númerones, junto a la misma luna.

Conmuévase Medea al oírse rogar en tales términos por varón tan preclaro, y sonrío ; pero no pudiendo pronunciar una sílaba por la emoción que la embarga, saca del seno la redoma mágica, y la entrega al capitán, que la coge ávido en sus manos. Quedan ambos mudos, como dos estatuas, ante el ara del templo, mas si los labios están silenciosos, los ojos traban ardiente diálogo de amor.

Ella, serenándose, empieza a hablar de este modo :

—Voy a enseñarte la manera de usar el hechizo. Cuando te entregue el rey los dientes del dragón, aguarda a que llegue la mitad de la noche, corre al río, báñate, y luego de enjugarte, cúbrete con una veste que sea com-

pletamente negra. Más tarde, lejos de todos, tú solo cava un pozo en cuyo interior pondrás una cordera que habrás sacrificado, y encima de la res coloca ramas secas para quemarla, haciendo antes una libación de miel. Aunque oigas a tu espalda ladridos de perro, o pasos de pastores, no hagas caso, y no vuelvas el rostro. Al amanecer disuelve en el agua hasta que forme un líquido aceitoso, el unguento que te entrego. Ungete con este bálsamo desde la raíz del cabello hasta la planta de los pies y desde este instante serás invulnerable, pudiendo combatir venciendo, no sólo contra tus iguales, sino contra los mismos dioses. Unge también tu escudo y tu espada, y verás que, cuando surja del seno de la tierra la falange de guerreros gigantescos, sus lanzas se despuntarán contra tu adarga.

Escúchala Jasón atento, y Medea prosigue:

—El poder del hechizo dura sólo un día y una noche, mas su brevedad no te preocupe. Vencida que sea la furia de los toros, cuando esté arado el campo, abiertos los surcos y sembrados los dientes del dragón, cuando surja la falange terrígena, levanta tu ánimo, y lanza

entre tus enemigos una piedra enorme. Los terrígenas combatirán entre sí para disputársela; tú déjalos que se estrocen. Por último, desenvaina tu espada, acomételos denodadamente, y exterminálos luego con la punta de tu lanza. Cuando seas dueño del campo, lo serás a la vez del vellocino de oro, y podrás transportarlo a Grecia, tu patria, cumpliendo la misión temeraria que te impuso un rey protervo.

Al terminar de decir estas palabras, Medea prorrumpió en amarguísimo llanto, pues le parece verle navegando por remotos mares, mientras, ella deshoja azucenas y amapolas en el templo de Hécate.

—Si la fortuna te es propicia, caudillo, al regresar victorioso... acuérdate de Medea, yo no he de olvidarte.

El travieso Cupido oculto, aviva el fuego en el pecho de Jasón, quien responde:

—Te juro princesa, que tu recuerdo no se borrará de mi memoria, y si consigo triunfar en esta lucha, no he de mostrarme ingrato.

—Quizás en Grecia valgan las palabras tanto como los juramentos rituales, mas si

me olvidas, deseo que el Hado me avise con una paloma mensajera, y una ráfaga de vendaval, me arrebate por los aires llevándome a tu palacio donde te echaré en cara tu ingratitud, pues saldrás ileso de la descomunal batalla, gracias a mi hechicería.

Jasón replica :

—Deja los vientos en calma, y la paloma en su palomar, y escucha. Grato me sería que conmigo vinieras a Grecia, a la morada de mis padres, donde todos te aclamarán. Estoy preso en las redes de tu amor, y te ofrezco compartir contigo hasta la muerte, mi mansión y mi tálamo.

La prolongada plática, inquieta a las doncellas que aguardan en el vestíbulo del templo; Medea quisiera prolongar, mas Jasón, cauteloso, la advierte que debe alejarse antes de que el sol ilumine la redondez de la Tierra, para no comprometer con su temeridad, la conquista del vellocino de oro.

CAPITULO VI

COMBATES DE JASÓN

Los nautas que aguardaban impacientes en el Argo reciben a su denodado capitán entre aclamaciones ; dos de ellos parten en seguida hacia el regio alcázar, para pedir al rey los dientes del dragón que ha de sembrar su caudillo, y Jasón queriendo tranquilizar a la hueste sobre el resultado de la empresa, les enseña la redoma de cristal que le entregó la hechicera.

Han sido escogidos como emisarios : Telamón, espejo de guerreros, y Estálides, modelo de elocuencia, que cuenta entre sus ascendientes al dios Mercurio.

Los nautas pasan el día reclusos en su nave, y cuando la noche lo envuelve todo en su manto, Jasón solo, se dirige a un prado donde Argos, hijo de Frixo, había llevado de

antemano la oveja escogida para el sacrificio, la miel y la leche. Sumerge el mancebo su cuerpo en la linfa del río, pónese la veste que le regaló Hipsipilea en Lemnos, excava un hoyo al que da la hondura precisa, degüella la oveja, hacina la leña en el fondo y prende fuego. En seguida modula las preces rituales, e invoca a la terrible Hécate.

Desde el fondo de la caverna en que mora, acude al lugar del sacrificio la tremenda diosa, y van con ella millares de víboras que se enroscan en el follaje, y perros de la infernal jauría que ladran rabiosos. Al paso de Hécate tiemblan las praderas e interrumpen su canto las ninfas que se bañan en los lagos, mas todo este estrépito no infunde pavor a Jasón, quien llega a su nave sereno, cuando el sol asoma su redonda faz por encima de las cumbres del Cáucaso.

Para probar la fuerza de sus armas, combate con los más valerosos de sus nautas. Idas es el primero en atacarle, pero salta la espada de su mano, y unas y otras armas se van quebrando al chocar contra las mágicamente templadas del capitán. Hecho este experimento,



...entre una humareda fétida se lanzan contra Jason.



que confirma las promesas de la hechicera, el Argo leva anclas, reman los nautas con vigor, siguiendo la orilla del río, y arriban al campo de Marte donde ha de celebrarse el combate, a poca distancia de la ciudad.

Cuando Jasón desembarca, en medio del aplauso de sus compañeros y del asombro de una inmensa muchedumbre que ha descendido por las pendientes del Cáucaso y ocupa el espacio libre entre el río y las montañas, agrupada en torno del trono levantado para Etas, prodúcese unos instantes de silencio.

El combate se celebrará en una pista en la que giran los reños carros. Jasón avanza precavido, la espada llévala pendiente del tahalí y esgrime la lanza, sosteniendo en la siniestra el escudo recubierto de pieles de toro. Su cuerpo desnudo reluce con la unción de Prometeo; quítase pronto el casco para aligerar la cabeza, clava en tierra la lanza y de ésta cuelga el casco del que extraerá los dientes del dragón.

De improviso surgen arrojando llamas por narices y hocicos los toros de Vulcano, y entre una humareda fétida se lanzan contra Ja-

són. Los argonautas palidecen al ver el terrible peligro que arrostra su capitán, mas los cuernos de las formidables bestias despúntanse contra la adarga. Mugen enfurecidos, y las llamas envuelven a Jasón, pero el hechizo le ha hecho invulnerable. Por la raíz del cuerno roto ase a uno de los toros, arrastrándole cual si fuese un corderillo, hasta el arado de macizo metal al que ha de uncirle.

Consíguelo, no sin trabajo, pone la planta sobre la broncínea pezuña, y ejecuta lo mismo con el otro toro, obligándole a doblar la cerviz bajo el yugo férreo y en seguida, con la lanza les agujonea.

Tanto vigor asombra a Etas y a la muchedumbre. Jasón traza surcos tan hondos que más parecen zanjas defensivas, y cogiendo su casco, toma de él los mágicos dientes y los siembra en la tierra prolífica.

Cuando termina esta labor, el sol ha recorrido ya dos partes de su curso, y el héroe da fin a su tarea desunciendo los toros que, agujoneados, corren a ocultarse en sus cavernas.

Cástor y Polux, los ínclitos gemelos que

desembarcaron por si fuera preciso prestarle ayuda a su caudillo, vuelven a la nave y viendo que pasan unos instantes sin que aparezca la falange terrígena, Jasón también se acerca a la ribera, saca agua con su yelmo y la bebe a grandes tragos, para refrigerarse.

Vuelve tras brevísimo intervalo al campo de la lucha, donde ya los gigantes hijos de la Tierra, han aparecido y siguen surgiendo, de manera que unos ya apoyan las plantas sobre la tierra, y de otros apenas se ven las cabezas. Jasón recuerda los consejos de la maga, mira en torno suyo y descubre una enorme piedra de mármol, que es el disco con que suele jugar el dios Marte, cógelo con facilidad y lo arroja en medio de la turba guerrera.

Núblase aún más la faz del rey ante tanta bizarría, y Jasón, previendo la formidable pelea que se avecina, se tiende en el suelo, y se cubre con su escudo. La lucha comienza entre los terrígenas; despiden sus picas relámpagos simultáneos, que no bajan del cielo a la tierra, sino que desde ésta as-

cienden al Olimpo y toda la llanura aseméjase a un volcán en erupción.

La madre Tierra va acogiendo en su seno a los muertos y rebosan de sangre los hondos surcos trazados por el arado; los cadáveres gigantescos son como troncos de olmos y encinas que abatiera el vendaval, y Jasón se incorpora, desenvaina su espada que reluce en medio del fragor de la lucha y acomete a los gigantes. A unos les hiere en el vientre, porque sólo alcanza con sus armas esta parte de sus cuerpos, a otros en la cabeza, a otros en las plantas; la sangre se desborda como en una inundación, y los surcos quedan convertidos en canales.

Los terrígenas se revuelcan en el sanguinolento fango, lanzando horrisonos alaridos que llenan de congoja los pechos de los que presencian el espectáculo; caen desarraigados los troncos de los álamos, los próximos vergeles se ven invadidos de rojiza linfa, y el rey, meditabundo y tétrico, medita la manera de eludir el compromiso que contrajo con Jasón, pues no puede negar la victoria de éste,

ya que cumplidas quedan todas las condiciones.

Medea no ha sido testigo del formidable combate, pero sabe pronto el resultado, teme la indiscreción de sus doncellas, y horrorizada ante el castigo que pueda imponerla su padre, vacila qué debe hacer.

Juno la sugiere la idea de abandonar el palacio y refugiarse en el Argo, buscando la protección de los valerosos nautas. Antes de hacerlo se corta un rizo de su cabellera para dejarlo como testimonio de su honestidad ilesa, y abandona el alcázar atravesando salas y galerías, sin que nada se lo estorbe. Es verdad que con la magia le bāsta ordenar a las puertas que se abran ante ella, y espontāneas giran sobre sus goznes, franqueándole el paso.

No quiere alejarse de la Cólquide sin antes penetrar en el templo de Hécate, su deidad. Desalada y loca, espoleada por el miedo, corre hacia las orillas del Fasis, indicándole unas hogueras el lugar en que se hallan los argonautas.

Estos las encendieron para exteriorizar su

júbilo. Ante el resplandor de las mismas, Medea distingue a los argonautas, cuyas sombras se agrandan por la luz de las hogueras, mientras que ella queda oculta por la densa humareda.

Trémula, lanza un grito penetrante llamando a los hijos de Frixo y su voz resuena, no como acento humano, sino como quejido ultraterreno que se eleva sobre el rumor de las conversaciones de los argonautas. Jasón, sin embargo, cree reconocer la voz de la maga, y da la orden de que se reme con todo vigor, hacia la orilla, pero antes de atracar, salta precipitadamente a la ribera, seguido de Argos y Frontis.

Ante los tres hombres se postra la princesa y abraza las rodillas de Jasón, exclamando :

—Huye, si quieres salvar mi vida, la tuya y la de tus compañeros. Aparejad la nave. Yo prometo entregarte el vellocino, y para eso cerraré los ojos del dragón, mas antes quiero que me ratifiques ante estos hombres, la promesa espontánea que me hiciste, y me jures de nuevo ser mi esposo, no tratándome como cautiva, cuando me llesves por las tie-

rras y los mares por los que voy a seguirte.

Levántala el mancebo con gentileza exquisita, y jura extendiendo la diestra:

—Serás mi esposa si logro llegar a Grecia contigo, y como tal te aclamarán el pueblo y la corte.

Conduce a Medea a la nave, donde ella ordena que leven el ancla y que boguen los remeros sin descanso. Tal vez sea posible llegar al bosque sacro antes de que despunte el alba. Ejecútase todo según sus deseos, y cuando aún no comienzan a lucir los primeros fulgores del sol, el bajel atraca en un paraje, lugar donde Frixo edificó el altar para la inmolación del carnero, viéndose todavía el pedestal ennegrecido por el humo.

Desembarcan únicamente Jasón y la hechicera, que es conocedora de la oculta senda que conduce a la encina colosal, de la que cuelga la áurea piel del carnero maravilloso. El vellocino resplandece como un astro, y aseméjase a una nube blanca de estío cuando la doran los primeros rayos matutinos. De súbito, hiende los aires un estridente silbido, cuyo eco, aumentan repitiéndolo, las

concauidades del Cáucaso, que se estremece desde la falda hasta la cumbre. Es el dragón que ruge despierto, y al descubrir a la enamorada pareja, alarga el cuello, enrosca la cola, que está cubierta de innúmeras escamas, y lanza un grito feroz que hace temblar a la comarca y al orbe.

Las aguas del Fasis, agitadas, desbórdanse por ambas orillas, y hasta el Araxo, su afluente se hincha y rugen las olas del mar, que se elevan como montañas. Aún mayor es el pánico que invade a toda la Cólquide, pues las ondas marinas, que se retiran dejando secas las playas en gran extensión, vuelven después gigantescas y amenazadoras. Los hombres fuertes temen que a sus pies se abra el abismo, y las madres lloran abrazadas a los infantes recién nacidos.

Mas el terror no sobrecoge a Medea, que se adelanta, y con dulce voz entona armoniosos cánticos invocando a Morfeo, dios del sueño, para que paralice las fauces del monstruo, y haga que el sopor cierre sus ojos.

El dragón aplácase unos instantes, pero de pronto, desenrosca su cola, sacude el le-

targo insólito, abre las fauces, y amenaza tragarse al caudillo y a la princesa, la cual, sin perder un instante, corta la rama de un enebro cercano, y moja sus hojas en una droga narcótica que trae consigo, a la vez que continúa su canción de beleño. Por fin, el monstruo se desploma, y Medea ordena a Jasón que trepe por la encina, aprovechándose del sopor del gigantesco centinela, al que ella continúa adormeciendo.

Ni tardo ni perezoso la obedece el mancebo, descuelga el vellocino, y corre veloz hacia su nave, seguido a corta distancia por la maga. La obscuridad de la noche la ilumina la resplandeciente piel, cuya lana ondea como guedejas de cabellos fúlgidos, mas temiendo Jasón que sus destellos puedan atraer algún héroe o semidiós deseoso de robarla, la dobla para ocultar su brillo.

Los argonautas se deslumbran al ver el vellocino, y acuden, pretendiendo acariciar la milagrosa piel, a lo que opónese Jasón, quien la envuelve en manto de seda, y llevándola hacia popa, la oculta bajo cubierta.

La aurora asoma en el firmamento, y to-

dos agrupados en torno de su jefe, le ruegan que disponga la partida, ya que se ha logrado el objeto que allí los trajo.

—Es verdad que nada nos retiene en la Cólquide—dice Jasón—, pero si hemos vencido, es gracias a esta excelsa princesa que eligió a vuestro jefe por esposo. Mas no todos los peligros están conjurados, pues es seguro que Etas, cuando descubra el robo del vellocino, saldrá con su ejército y con su flota, a cerrarnos el paso del Fasis hacia el mar, y entonces cada remero tendrá que trocarse en un combatiente. ¡Animo, nautas! ¡La mitad de vosotros debe coger los remos, y los demás los escudos, por si llega el instante de la lucha, y nos acometen! En vuestras manos está que Grecia nos corone de laureles al vernos llegar triunfadores, o llore la triste suerte de los héroes que vió partir para la conquista del vellocino de oro.

Adelántase, desenvaina su daga, y por su mano, corta la amarra que sujeta al Argo por la popa a tierra, y Anceo agarra el timón, para dirigirla rumbo al mar.

En efecto, se ha descubierto la fuga de

Medea, y se sabe también que el insensato amor que inspiró Jasón a la princesa, es causa de que le condujera al bosque sagrado. Se congrega al pueblo y al ejército, ordenando que corran por ambas orillas en persecución del Argo; que asimismo se apreste la flota por su parte a la captura de la nave, y se ordena al príncipe Absirto monte a caballo y que al frente de las fuerzas reales marche para detener a los argonautas, si aún es posible, en la barra del Fasis.

El rey alza las manos al cielo, invoca a Júpiter y profiere las más terribles amenazas contra su pueblo si éste no le secunda en rescatar la persona de Medea, y en apoderarse de Jasón, vivo o muerto. Los cólquios, enardecidos por la promesa de ricas dádivas, y aterrados ante la perspectiva de crueles castigos, en un solo día consiguen armar una espléndida escuadrilla, que más parece por lo ágil y graciosa una bandada de aves, que una flota guerrera.

El Argo ha conseguido gracias al empuje de sus remeros, franquear la barra antes de que los enemigos le alcancen, y boga por el

reino de Neptuno, protegido por las hinchadas velas impulsadas por la esposa de Júpiter, que deseando vengar la afrenta que la infligiera el rey Pelias excluyéndola del homenaje, ayuda a los argonautas a regresar a Grecia.

Es tan raudo su avance, que al tercer día arriba la nave al litoral de Paflagonia, en la desembocadura del caudaloso Halis. Medea manda atracar, deseosa de ofrecer un nuevo sacrificio a Hécate para conservarla propicia. Jasón no se opone, aunque le parece que las misteriosas palabras del ciego, indicaron otra ruta, pero Argos, que conoce aquellos mares, exclama, dirigiéndose al caudillo:

—Demos rumbo hacia Orcómeno. Al norte de éste existe una región fertilísima, atravesada por un río navegable y cuyos habitantes son como los griegos, de origen pelasgo. Cuenta la tradición que de aquel país vino al Asia un rey de extraordinario denuedo, quien recorrió Oriente hasta las márgenes del Ganges, y Europa hasta las orillas del Ponto Euxino, logrando fundar estados y ciudades, a los que cupo diversa suerte. Quien conozca

como yo el litoral, encontrará la desembocadura del caudaloso río de hondo cauce que ha de abrirnos por diversas vías, el camino hacia Grecia. Ese río es el Ister.

El acierto de las palabras del mozo, lo confirma Júpiter con un prodigio, dibujando un ángulo de plata en el sereno firmamento, y los nautas no ocultan su gozo, pues se ven ya a poco que dure el bonancible viento que les empuja, en las riberas del Ister y avanzando a través de un fértil territorio.



CAPITULO VII

EN EL ALCÁZAR DE CIRCE

La flota enemiga, persiguiendo la nave de Jasón, se ha fraccionado en dos escuadras: una trata de darle caza bordeando las rocas Cianeas, y otra le acosa frente a una isla de forma triangular, que cierra la entrada del Ister, isla que divide el cauce en dos canales, llamados la Boca Bella y la Boca Narecia.

Por el primer canal penetra la flota que lleva a Absirto por almirante, la cual logró, gracias al poco calado de sus bajeles, correr más rápida que el Argo, tomarle la delantera, y remontar el Ister, ruta precisa de los argonautas en su retorno a Grecia. Los pastores de las orillas huyen a esconderse en los bosques, abandonando sus rebaños, invadidos de pánico ante la contemplación de aquellas naves que les parecen monstruos des-

tructores ; nunca los escitas de Tracia han visto nada semejante surcando las aguas.

Los cólquios, que siguen remando incansables, dejan atrás el monte Anguro, y como es más fácil la boga río abajo, consiguen llegar al Adriático, para cortar allí seguramente, la retirada de los argonautas, que quedarán cogidos por entre ambas escuadrillas.

En la espléndida bahía, hay un grupo de islas llamadas Brigeas, en las que Absirto sitúa numerosos guerreros, mientras otros ocupan rocas elevadísimas, preparándose todos bajo esta disposición, a acometer a la nave griega, cerrándole el paso hacia el mar, tan pronto ésta se presente.

El instante no puede ser más crítico para los argonautas, y comprenden que es imposible resistir a pecho descubierto el empuje de sus numerosísimos enemigos. Las fuerzas de éstos les aplastaría, y ante ello deliberan, y tras de breve consejo determinanse a parlamentar. Ellos creen que Etas no tendrá más remedio que consentirles que se lleven el áureo vellocino, pues Jasón cumplió con creces, una por una, todas las condiciones

impuestas por el rey. Pero, hay otro punto de más difícil litigio: Absirto pide la entrega de su hermana, la sacerdotisa, que debe comparecer ante un tribunal de reyes, para que éstos fallen si ha de tornar al alcázar de Etas, o bien ha de continuar con los argonautas.

La noticia de los tratos en que se juega su vida, llega a Medea, quien acude, desatentada a hablarle a Jasón, y así le increpa:

—¿Es posible que la gloria te haga olvidar mi amor y mis sacrificios? Cuán distintas son tus palabras de hoy de las que pronunciaste aquella noche en que solicitaste mi ayuda para luchar contra los toros y los gigantes. ¿No soy tu prometida esposa? Si me entregas a mi padre, me aguarda la muerte, o la prisión: ampárame. ¿He sido criminal? Tú eres mi cómplice. ¿Cómo es posible que afronte sola las iras paternas y tú regreses a Grecia sano y salvo con el laurel de la victoria? Torna a tu patria, si así lo quieres, pero te advierto que si me abandonas, me vengarán las furias infernales, porque violas sus juramentos, y si te mofas de mí, en compañía de tus camara-

das, no gozaréis largo tiempo de vuestro triunfo.

Tiembla Jasón al oírle prorrumpir en amenazas de quemar el Argo, para perecer con los nautas entre sus llamas, y así la responde:

—Nos vemos obligados a hacer el pacto que tanto abominas, pero es sólo un ardid para salvarte. No es un tratado de paz, es una tregua. Somos muy pocos en comparación de nuestros enemigos y Marte no nos protege. ¿Lograrás urdir alguna trama para que nos salve Hécate? Inventa la manera de perder a Absirto y de atraernos la benevolencia de las tribus de este litoral, que teniéndole a él por almirante expertísimo y a nosotros por piratas, se nos muestran hostiles.

La maga medita unos instantes y luego dice:

—Veo que te merezco confianza por haber combinado el plan que te permitió apoderarte del vellocino de oro. Manda a Absirto un parlamentario que le convenza de celebrar en tierra una entrevista conmigo. Yo te facilitaré los medios de dar muerte a tu rival.

Conforme dispone la hechicera, Jasón prepara un regalo de espléndidas telas y joyas para Absirto, entre los cuales está la túnica de púrpura que para el semidiós Dionisio tejieron con sus dedos de rosa las tres Gracias. Esta túnica la usó el dios Baco, y poseyéndola últimamente la reina Hisipilea, se la donó en testimonio de férvido amor al caudillo.

Antes de que los parlamentarios argonautas se avisten con el jefe cólquico, Medea les adiestra, enseñándoles lo que deben decir a Absirto, y le envía un mensaje, asegurándole que ella no pensó jamás en acompañar a Jasón a Grecia, sino que al contrario, sus deseos son de retornar a la Cólquide, encontrándose en la nave, porque a la fuerza hasta allí la arrastraron los hijos de Calciopa. Deben rogar a Absirto en su nombre, que vaya a visitarla entre las sombras de la noche, y burlando la vigilancia de los griegos, le facilitará el robo del vellocino de oro.

Luego de enviar tan mentirosa misiva, prepara filtros mágicos que esparce por las aguas y por la atmósfera; su perfume hechiza a los

salvajes, y atraídos por su fuerte olor, hasta los animales de presa acuden de sus remotas guaridas, y el mismo Jasón nota que se le embotan sus sentidos.

Los argonautas, cumpliendo una de las cláusulas del pacto, conducen a Medea a la isla de Diana, y la escuadrilla colquia, y el Argo, fondean lejos una del otro. Permanecen las tripulaciones en sus puestos. Sólo Jasón, sin ser visto, desembarca en la isla y se oculta a poco pasos del templo.

Absirto confiado en las promesas de su hermana, llega a la isla en una ligera barca. Cree que en su entrevista a solas con Medea, descifrá el enigma de la conducta de ésta y la razón de que protegiese a su enemigo. Lejos de lograr el conocimiento de la verdad, la maga le engaña, tramando con él el asesinato del caudillo griego, y el exterminio de los argonautas, según los deseos del jefe colquio. De súbito sale Jasón cauteloso por detrás del ara, desde donde oyera el infernal propósito de atentar contra su vida y la de sus compañeros; y desenvaina la espada y acomete a Absirto. Breve es la lucha y Medea apártase; sus fac-

ciones están empañadas por lívida palidez y no bastándole volver el rostro para no presenciarse la contienda, cubre éste con el velo.

Cae Absirto mortalmente herido. Adivinando la traición, increpa a su hermana y queriendo mancillarla con el estigma del fratricidio, mete la diestra en su herida, empapándola en su sangre, y salpica el velo de la maga antes de morir.

Las Furias del Averno emergen vengadoras, y contemplan el espectáculo con ojos enjutos. Medea despójase del ensangrentado velo, mientras Jasón, sin inmutarse, saca el cadáver del templo, y a toda prisa, le da sepultura, ejecutando antes la señal convenida con los nautas, haciéndoles saber el éxito feliz del duelo.

No bien el centinela que dejó apostado, el caudillo, con este objeto, ve la luz de la señal, despierta a los camaradas y todos, asiendo los remos, prepáranse al abordaje de las naves cólquias, que cogerán desprevenidas, naturalmente. El puñado de héroes, cual una bandada de gavilanes que cayera sobre gigan-

tesco palomar, va degollando a los enemigos que apenas aciertan a defenderse.

Cuando empieza a notarse la ausencia del capitán, éste salta rápidamente a bordo del Argo. Ya obtenida brillantísima victoria, ordena que cese la matanza, y empuñando los remos escapan con la mayor velocidad posible, antes de que apercibida de lo ocurrido el resto de la escuadrilla cólquia acuda a la venganza. Peleo, secundándole, se expresa así:

—Es probable que considerándonos la flota cólquia con rumbo a Grecia, se dirija hacia Oriente. Por lo tanto, nosotros debemos poner la proa hacia Occidente; algunos bajeles pensarán seguirnos, otros, desanimados, renunciarán a la reconquista del vellocino y a la captura de nuestro jefe. Como no pueden buscarnos por todas partes a la vez, cuando hayan perdido nuestra pista, viraremos de bordo, y este será el momento de tomar el camino de Grecia.

Síguese tan prudente consejo, y tras largas horas de incesante bogar, el Argo cruza el mar de Saturno, llega a la desembocadura del Eridano y echa el ancla frente la isla de Elec-

tra. Advertidos los cólquios de la muerte de Absirto y de la destrucción de sus mejores naves, se enfurecen, preparándose a recorrer el mar en todas direcciones, y jurando que el castigo será tal que expíe el crimen.

Algunos bajeles cólquios, al dispersarse, habrían hecho rumbo hacia la desembocadura del Eridano, pero Juno lo impide, provocando una tempestad que los aterra, haciéndoles desistir de su propósito.

Muchos de los marinos cólquios, no se atreven a presentarse ante Etas sin el vellocino de oro, y sin la princesa Medea, causa de tantos desastres. Desembarcan en aquellas fértiles riberas, y se establecen allí para fundar una colonia.

Cuando transcurren dos días sin que aparezca ningún enemigo, Jasón se convence de que no será perseguido por aquella ruta, y no atreviéndose a aventurarse en el delta del Eridano, cuya navegación hacen peligrosa numerosas islas, consigue de los habitantes del país que le faciliten un experto piloto, y gracias a éste, logra tras peligrosas horas de navegación salir por el opuesto lado del mar.

En la lejanía divísase la isla de Córcira de frágosa vegetación, mas la cólera de Júpiter suscita contra el Argo formidable borrasca, e impulsada por ella la nave retrocede, hasta encontrarse de nuevo en Electra, su punto de partida.

Los argonautas oyen, sin poderse explicar de dónde viene, una voz varonil salida del fondo de la nave y que hace enmudecer el viento y apaciguarse las caudalosas ondas. Es Dodona, el tronco de la añosa encina que Minerva puso en la quilla del Argo, y que profetiza a los nautas:

—Os aguarda una navegación larga y penosa, pues os habéis concitado la ira de Júpiter. Os es preciso para lograr el regreso a Grecia, expiar antes la muerte de Absirto y de los marinos cólquios, y os aconsejo que para conseguirlo, os acojáis a las artes de Circe. Los ínclitos gemelos Cástor y Pólux diríjense a las deidades olímpicas en súplica ferviente para implorar que los habitantes del país no os cierren el paso.

Los dos hermanos hacen la invocación, y en efecto, el viento sopla de popa, y vuela la

nave sobre las ondas del Eridiano en dirección de nuevo hacia el mar, utilizando la confluencia del Eridano con el Ródano para que le facilite el acceso al Atlante. Aquí multiplicanse los riesgos de la nave y Jasón recela peligros de inmediato naufragio, pero Juno se coloca delante del bajel y manda con tan formidable voz virar de bordo y recoger las velas, que no sólo aterra a los argonautas, sino que tiemblan las rocas. Dirigidos por la diosa van siguiendo la costa y penetran de nuevo en el mar Tirreno, arriban a las islas Estecades, y como Dodona les puso bajo la protección de Cástor y Pólux, determinan los nautas nombrar a estos ínclitos gemelos patrones tutelares de todos los navegantes.

Al fin echan el ancla en una isla que les brinda seguro fondeadero, y ante sus ojos aparece una ninfa que encuéntrase en la playa sumergida hasta las rodillas, humedeciendo sus áureos cabellos en agua salobre.

Es Circe, a la que aún aterran los horribles sueños de la noche anterior, en los que vió su alcázar enrojecido por la sangre, y ansiosa de purificarlo, amontonó una pira de hierbas

mágicas, pero para extinguir el fuego, tuvo que hacerlo, no con agua, sino con sangre. Al rayar el alba y despertar, Circe salió con su séquito de extraños monstruos, cuyos cuerpos no son ni de hombres ni de fieras, son criaturas engendradas en las frías entrañas de la tierra cuando no la calentaba el sol.

Los argonautas contemplan asombrados las raras alimañas que forman la comitiva de Circe, y ésta reconoce por intuición mágica, a los héroes griegos. Repuesta Circe de su pánico nocturno, aproximase a la nave y les invita, pérfida, a que desembarquen y vengan a solazarse en su espléndido palacio. El aceptar el ofrecimiento les sería funesto, por lo que Jasón prohíbe a los argonautas que abandonen sus sitios, saliendo él al encuentro de la terrible semidiosa, y llevando por única compañía a Medea.

Penetran en el palacio, y aunque la traidora Circe les brinda taburetes de honor, ellos no se atreven a ocuparlos, permaneciendo de pie en actitud penitente. Medea se tapa el rostro con las manos y el caudillo clava en tierra la espada homicida y baja los ojos.



...que levanta sobre la cabeza de los culpables...

Esta actitud permite comprender a Circe que aquel hombre y aquella mujer han venido a implorar la absolución de algún asesinato, y como no puede desoir la voz de Júpiter que ampara a los suplicantes, y a todos los criminales que se humillan, dispónese a practicar las ceremonias rituales precisas para el acto de la absolución.

Trae un lechoncito recién nacido, que levanta sobre la cabeza de los culpables, degüéllalo en seguida y con la sangre del animal, lava las manos de Jasón y de la maga, y eleva plegarias al Olimpo; luego arroja las vísceras de la víctima a la pira expiatoria para que se aplaquen las furias del Averno, y sus ninfas náyades recogiendo los desperdicios los echan lejos. Cumplido el ritual, levanta Circe a los penitentes que se hallaban postrados en el suelo, y les pregunta detalles de su historia, que conoce por la sangrienta pesadilla que tuvo la noche anterior.

Más que el homicidio, le interesa conocer el maravilloso viaje de los nautas, el nombre y origen de Jasón y sus compañeros, y el motivo que les impulsó a emprender tan raras aven-

turas. Jasón apenas pronuncia palabras coherentes, pero Medea responde a lo que le concierne, manifestando que si entregó el vello-cino al caudillo, fué por el afecto que le inspiraba Calciopa, y si huyó con él en el Argo lo hizo para sustraerse a la ira de Etas, su padre. Describe la colosal batalla contra los toros de bronce, mas omite su participación fratricida en la muerte de Absirto.

Circe adivina lo que no la dicen, y la apostrofa de este modo :

—¡ Desventurada ! Tu amorosa locura pretenderá en vano escapar a la justa venganza paterna, y no te queda otro recurso que proseguir a Grecia en pos de este mancebo a quien tanto amas ; no lo demores, no he de portarme contigo como enemiga, pero tampoco confíes en que sabiendo lo que has hecho, pueda ampararte. ¡ Aléjate ahora mismo de mi vista !

Medea, avergonzada, oculta el rostro con el manto y derramando amargas lágrimas, abandona el alcázar de Circe sostenida por Jasón, que no halla palabras para consolarla.

Desde el Olimpo les contempla Juno, avi-

sada por la vigilante Iris, a quien la diosa determina enviar bajo las profundas aguas con una embajada para Tétis, la reina de los mares. No se contenta con esto Juno, sino que la gentil embajadora debe buscar a Vulcano, y rogarles que apaguen sus fuegos el Vesubio y el Etna, mientras los navegantes surquen aquellos mares, y Eolo, monarca de los vientos, hará que el aquilón se torne brisa para que sea Céfiro el que impulse al Argo.

Cumple solícita la ninfa el encargo de Juno y fácilmente convence a Vulcano, haciendo cesar en la subterránea fragua, el soplado de los enormes fuelles con que alimenta el fuego de los volcanes y los martillazos que da en el yunque.

Eolo, a su vez, condesciende a los divinos deseos, y Tétis se presenta en el Olimpo a recibir de la misma Juno las órdenes precisas.

—Sabes—dice Juno—cuánto me intereso por Jasón, quien, al mando de una hermosa nave, atraviesa tus líquidos dominios, y no ignoras que cruzó hace poco por entre las terribles Simplégades, pero fué gracias a que

tomando Minerva la nave en su mano, la hizo penetrar mar adentro. Ahora la voluntad inexorable de Júpiter la empuja hacia el remolino que forman las rocas Caribdis y de Scila y si no la amparan nuevamente las deidades olímpicas, perecerá. No permitas que la espumosa Caribdis los arrastre en su negra vorágine, ni que los halague Scila con cándidas espumas.

Acepta Tétis proteger a los argonautas y se precipita desde el Olimpo al hondo mar.

CAPITULO VIII

SIRENAS Y NEREIDAS, NÁYADES Y NINFAS

A la voz de Tétis, surgen de entre las ondas las sirenas vírgenes, cuyos cuerpos terminan en una cola cual la de los peces, y sus cabezas, senos y hombros, son de mujer. Ostentan alas como los pájaros y están dispuestas a oponerse al avance del Argo.

Los nautas, llevados por brisas bonancibles izaron velas, y navegan con ellas desplegadas, hacia una isla que les aparece una canastilla de flores, y adonde les atrae el canto de las pérfidas sirenas. Tétis, a la que rodean las nereidas, sus ninfas, ve con espanto que el Argo, despreciando al parecer su ayuda, va a arribar a la peligrosa playa y lo hubiese hecho, a no ser que Orfeo, templando su lira, canta, con tan vibrantes acentos, que las sirenas enmudecen. Sólo uno de los argo-

nautas, alucinado, se arroja desde su banco de remero a las olas, donde halla segura muerte.

Llega el fatal momento, y la nave queda entre las rocas piramidales de Scila y de Caribdis. Pero a la entrada del Estrecho, las nereidas acuden, aferran la pesada quilla, la propia Tétis coge el timón, y dirige la nave por entre los escollos. Las nereidas se asemejan ahora a una turba juguetona de delfines que siguiese la estela del Argo, pero otras saltan dentro, suben a los más altos mástiles e infunden valor a los nautas, mas no siendo esto bastante, las que permanecieron entre las ondas, levantan la quilla del bajel, y se lo arrojan unas a otras cubierto de espumas, mas le sacan ileso de entre las rocas destructoras.

Vulcano lo ve todo desde el Vesubio, apoyando la diestra en el mango de su martillo, y quisiera aplaudir la maniobra de las gentiles nereidas. También las contempla Juno desde su alcázar síderal, y se abraza a Minerva temblorosa, mas risueña cuando vé que del archipiélago flotante sale, al fin, el Argo

impulsado por una blanda brisa. A la pálida luz del crepúsculo vespertino, los argonautas, sin zozobras, reconocen el lugar en que se encuentran, es el mar Jónico, no estando, por lo tanto, muy lejos de Grecia, su patria.

Arriban a una isla feraz donde les recibe su rey con grandes agasajos, mas de improviso aparecen diversas naves de los cólquics. Son las que salieron del Ponto Euxino por el Estrecho que cerraban antes las rocas Simplégades, pero que quedó abierto al atravesarlo Jasón con su bajel. Navegó la escuadrilla cautelosa, buscando al Argo, y descubriéndole en aquella rada, le rodea y envía parlamentarios al rey de la comarca para que les entreguen la princesa Medea.

Jasón, no bien descubrió las naves cólquias, cuando dió la orden de que se armasen los remeros y se preparasen a rudísimo combate, pero el rey Alcimoo impone a ambos bandos aplazar sus odios, pues en el país no les permitirá batallar. Los argonautas y los cólquios deben exponerle los motivos de la contienda para que él decida como árbitro.

La escuadrilla cólquia de mala gana obedece y lo mismo hace Jasón. Pero Medea, temerosa de los sucesos venideros, va a hablar con la esposa del rey, rogándola que la defienda, pues su culpa sólo fué de amor.

—No entregues, ¡oh, reina! mi persona a los cólquios; te juro por Hécate que nos visita entre las tinieblas de la noche, que mi pasión no es impura, aunque agravóse mi culpa por huir del alcázar paterno.

No queriendo dejar el desenlace de la aventura únicamente en manos de la reina, se dirige a los argonautas con amargas frases.

—¿Quién os ha entregado el vellocino?— les dice—. ¿Quién hizo que Jasón venciera a los toros de pezuñas de bronce? ¿Quién sumió al dragón en el letargo? He sido yo. ¿Vuestro egoísmo va a sacrificarme ahora? Abandoné por vuestro capitán mi palacio, mi padre, mi corona de princesa. ¡Acordáos que ante mí humillásteis vuestras frentes! Si me abandonáis a los furores de Etas, él tomará venganza, mas os juro que de los profundos antros del infierno saldrán las Furias a pedirnos razón de vuestros violados juramentos.

Luego, renuncia a las imprecaciones, desciende a las súplicas. Los nautas, conmovidos juran defenderla a todo trance y esgrimen sus espadas en testimonio de fidelidad y juramento.

La reina, entre tanto, ruega a su esposo que proteja a Medea, que la salve de las iras paternas, y que no imponga a Jasón y a los argonautas, un perjurio cruel. El piadoso monarca replica que le es forzoso cumplir los deseos de Júpiter, que ha traído a sus dominios la aventurera nave y si Medea no es aún esposa de Jasón, la entregará a los cólquios para que la conduzcan al reino de su padre.

No bien el rey se adormece, la reina salta del lecho y penetra en el vestíbulo. Allí, por una de sus doncellas, hace llamar a un paje, a quien ordena que corra al puerto, busque a Jasón, y le comunique que debe celebrar sus bodas sin pérdida de momento.

Perplejos quedaron los argonautas con la regia misiva, pero en el acto, levantan un ara en un lugar donde habitó antes la ninfa Macrida. Improvisan un altar para el sacrificio de las blancas ovejuelas, y le adornan con la

piel del áureo vellocino. Acuden a admirarle náyades de lejanos parajes. Unas vienen de las claras fuentes de las que son tutelares númenes, y otras emergen de las aguas salobres del Egeo.

Los argonautas forman en dos hileras para rendir honores a su caudillo y a la princesa, mas como pudiera ocurrir, dadas las circunstancias, que los cólquios intentaran interrumpir la ceremonia nupcial, llevan las flamígeras espadas desnudas. El laurel corona todas las frentes; pulsa Orfeo su lira mágica, entonando el epitalamio, y por todas partes percíbese el delicioso olor de las aromáticas flores que trajeron las náyades en ofrenda.

Asomaba la aurora su faz de rosa, cuando terminaron los desposorios, y Jasón y Medea, seguidos de su comitiva, volvieron al Argo, aguardando allí la decisión del monarca. El rey dirigióse al puerto, llevando como séquito ínclitos guerreros. Alcimoo no esgrime el cetro símbolo de su poder, sino un bastón, representativo de su justicia.

Inmensa muchedumbre se congrega en la ancha plaza, desde donde se divisa el casco

del Argo, y no son únicamente mujeres las que acuden curiosas a presenciar el espectáculo, sino que en número mayor, van llegando varones de alta prosapia. El rey conoce ya las bodas de Medea y las solemniza repartiendo entre el pueblo túnicas vistosas y ricas joyas, a la vez que hace escanciar el licor en ánforas de plata. Alcimoo, con frase justa, expone que no desafía el poder de Etas, pero que siendo ya Medea esposa de Jasón, debe la escuadrilla cólquia hacerse a la mar, sin demora, pues la princesa no le será entregada.

Aléjanse los nautas a la vela cargado el Argo con los ricos presentes de armas, licores y vestuario que el rey les dona, y la reina, por su parte, no contenta con esto, escoge para Medea un séquito de doncellas que deban servirla durante la travesía y después en Grecia. Acércanse a la isla de Creta, están ya en aguas del mar Jónico, y les parece contemplar, lejanísimas, las costas del Peloponeso, cuando de pronto se levanta un huracán formidable que les arroja sobre la costa africana.

Durante nueve noches y nueve días, flota la nave cual tabla náufraga a merced de las olas, sin timón ni vela, rotos sus mástiles, arrancados los remos por los golpes de mar y por fin queda varada entre los escollos de la playa de Libia. Su quilla quedó enterrada bajo fangosa arena, entre sutil red de algas marinas que la envuelve, cubre la espuma los escollos y los sargazos, y ninguna nave a la que arrastró la tempestad a aquel paraje, logró salir mar afuera.

Un inmenso arenal se extiende monótono ante ellos, confundiéndose con la línea del horizonte. No se percibe la curva de ninguna montaña; ningún árbol interrumpe la trágica desolación, y ni halcones ni palomas hienden el aire caliginoso. La mitad del Argo flota aún sobre el sargazo, y la otra, sin amarras y sin ancla, está encallado en la arenosa orilla. El silencio es letal, y los argonautas se lanzan a tierra buscando en vano una fuente en que apagar la sed, mas no descubren por ningún lado, ni arroyuelo, ni cabaña, ni ser viviente.

Anceo, al que falta el ánimo, responde así a las quejas que le abruman :

—El litoral está sembrado de escollos, y sólo un golpe de mar, de maravillosa potencia, pudiera levantar el Argo de su lecho de algas, y permitir que huyésemos de estos parajes, mas temo que si tal cosa consiguiera, habíamos de estrellarnos contra la doble cadena roquiza, que nos cierra el paso.

Llega la noche, aumentando su negrura la angustia y la zozobra de los nautas, que se tienden en la orilla sin tener ni un pedazo de pan que llevar a la boca, ni una gota de agua que aplaque su sed. Medea, rodeada por sus doncellas, que intentan vanamente calmarla, se cubre la cabeza con el manto, y llora en silencio. Todos consideran irremediable su destino, y se horroriza de ver que una muerte obscura y espantosa, será la recompensa que dará el Hado a sus hazañas.

Amanece tras de la horrible noche, el calor es sofocante, y Jasón, desalentado como sus compañeros, permanece tendido en la arena, ocultando la faz con su manto desgarrado que apenas le protege de los ardientes rayos del

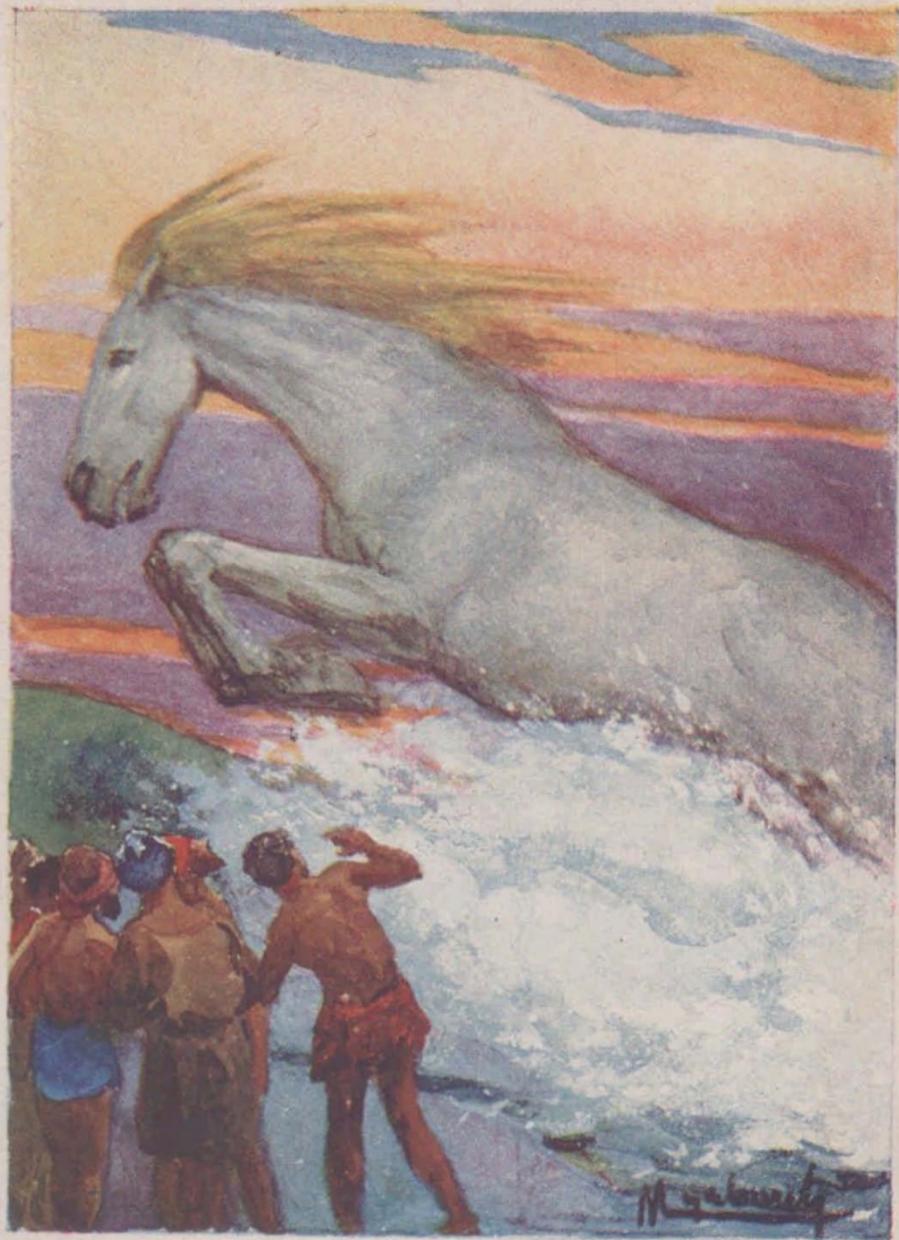
sol, ya en el meridiano. De improvviso, siente que le tocan, y contempla ante sí una bellísima figura femenina que le habla en estos términos :

—Sabemos que has conquistado el vellocino de oro, soportando para lograr tu empresa terribles penalidades. Soy una de las diosas tutelares de esta región, y te ordeno que cobres ánimos y convoques a tus camaradas. Pero antes, escúchame. Cuando veas que la diosa Anfitrita desengancha los corceles del carro de Neptuno, invoca a Venus.

Dicho esto desaparece seguida por innúmeras ninfas que la acompañaban. Jasón quedó absorto, mas repuesto, lanza un grito que se asemeja a un ruido ; es su grito de guerra, al que acuden todos y les narra en breves frases la divina aparición que acaba de tener.

El auditorio le escucha lleno de estupor, que aumenta cuando ven que en el horizonte se eleva un enorme corcel de doradas crines, que saliendo del agua, salta a tierra y emprende veloz carrera. Entonces Peleo dice :

—Ya está desenganchado por Anfitrita el carro de Neptuno. Habéis visto a uno de sus



...que en el horizonte se eleva un enorme corcel...



corceles, que surgiendo del mar, escapa des-pavorido ; esto nos indica que debemos cargar la nave sobre nuestros hombros, y llevarla a través del desierto, siguiendo las huellas del corcel. Durante la noche, la luz de los astros irá señalando nuestro camino.

Ponen los argonautas en práctica el maravilloso plan ; levantan la nave, y como una jauría de galgos jadeantes después de prolongada caza, marchan en busca de un manantial, de aquél donde Hércules apagó su sed, y dió muerte al dragón que le guardaba.

El monstruo yace bajo el tronco de un manzano, con la flecha de Hércules clavada en la frente, y es tanto el poder mortífero de la insana bestia, que mueren todas las moscas que a ella se aproximan.

Aquel huerto es el jardín de las manzanas de oro que sirvió de dote a la esposa de Júpiter, y que el semi-dios Hércules arrebató a tres divinas doncellas llamadas las Hespérides. Tan pronto escuchan los pasos de hombres en el vergel, cuando se convierten en polvo y tierra, desapareciendo.

El fenómeno consterna a los argonautas,

pero Orfeo se postra invocándolas de este modo :

—Sednos propicias, ninfas del jardín de las manzanas de oro, ya seáis soberanas en los mares o en la tierra, y haced brotar un manantial de agua cristalina, que sacie nuestra sed. Nos han salvado las deidades tutelares de Libia, hijas preclaras del océano. ¡ No permitáis vosotras que no volvamos a ver el cielo de la patria !

Los acentos de Orfeo conmueven a las doncellas, y empieza a surgir una alfombra de menudo césped, luego un tallo, que al crecer, truécase en tronco al que le nacen frondosas ramas y las Hespérides se transforman. Ereteida en un olmo, Héspera en un álamo, y Eglá en un sauce. Continúan los prodigios, y de los troncos que nacen van surgiendo ninfas. Eglá que es la más compasiva de las hermanas, exclama así :

—Ayer llegó un gigante a nuestro huerto, le cubría la piel de un león, y venía armado con una enorme clava, dió, no sin trabajo, muerte al dragón que habréis visto, y salió en busca de agua que calmase su sed, no hallán-

dola, mas algún númen tutelar le impulsó hacia una roca, junto al lago Tritonia y entonces, con la punta de su pie dió tan rudo golpe a la roca, que brotó un manantial de agua. Este es el camino.

Apenas oyen tan lisonjeras palabras, cuando todos marchando tras las huellas hercúleas, llegan al manantial, se tienden boca abajo, y beben a grandes tragos, asemejándose a un hormiguero, tan compactos están sobre la tierra.

Desbándanse los argonautas en busca de Hércules y son los primeros en partir Cástor y Pólux, a los que siguen Traces, Linceo, y Eufemo el de los pies veloces. Cantho, otro de los argonautas, lejos de buscar a Hércules, se aventura en persecución de unas ovejas que pretende apropiarse y los pastores le quitan la vida a pedradas. Mopso, a su vez, perece en las soledades líbicas, pues se tendió bajo un árbol para tomar descanso, y una serpiente colosal le mordió.

Nació la gigantesca víbora de las gotas de sangre que dejó caer sobre la tierra la cabeza de Medusa, cuando Perseo la llevaba por

los aires, y no hay veneno que pueda curar sus letales mordeduras. Todos huyen horrorizados de Mopso el agorero, temiendo el horrible contagio de aquella atroz ponzoña.

CAPITULO IX

OTRA VEZ EN GRECIA

Los argonautas con la pesada carga de la nave, avanzaban exhaustos, a punto de desfallecer, siguiendo la costa del arenoso desierto africano, cuando Orfeo inventó ofrecerle el trípode de Apolo a los dioses de Libia, como preciosa ofrenda. No es inútil tanta generosidad, porque aparéceseles Tritón, en forma de mancebo y extendiendo la mano hacia ellos, se expresa en estos términos, a la vez que les presenta un pedazo de tierra compacta.

—Recibid esta dádiva, nautas, como testimonio de la amistad que ofrezco a los que cruzan mis solitarios dominios, mas si queréis salir mar afuera, yo os enseñaré el camino hacia el reino de Neptuno, y no os admiréis de

que así sea, pues soy descendiente del dios de las aguas profundas.

Avanza Eufemo para tomar la dádiva, y Tritón prosigue :

—¿Distinguíis en lontananza dos escolleras que aparecen entre la bruma? Es la boca de un lago. Aunque se os figure pequeño, tiene gran profundidad, y ya en él virando a estribor, y utilizando la marejada que le comunica con el mar, lograréis llegar hasta éste. La ruta es peligrosa mas marchad hacia la derecha, y siempre avante.

Ofrécese el sacrificio ritual, que esta vez lo constituye una escúalida ovejuela, y al arrojar la degollada víctima al agua salobre, surge de entre las ondas y ya sin disfraz, el augusto Tritón en todo su esplendor semejante a un enorme ballenato de espina elástica, rostro humano y aletas gigantescas. Adelántase hacia la nave, la coge con su potente diestra, la guía apartándola de la orilla, y cuando la considera fuera de todo peligro se sumerge el semi-dios marino.

El bogar de los remos conduce el bajel a un seguro puerto costero donde erigen rústicos

altares a Neptuno y a Tritón. Tras breve descanso izan velas, mas para acelerar la marcha vuelven a utilizar los remos, y arrumban a una isla, no muy lejos de la de Creta.

Allí les aguarda un nuevo y formidable peligro; hábitala Talo, gigante feroz, que acostumbra escrutar los mares y cuando divisa algún bajel, arroja sobre éste mortífera lluvia de enormes piedras para darles muerte a los tripulantes, y hundir las barcas en los hondos abismos azules.

Talo pertenece a una raza ya casi extinguida, y debe la existencia al apoyo que prestó a Júpiter cuando el dios Olimpo, habiendo raptado a la bellísima ninfa Europa huyó con ella, y la dejó prisionera en la isla de Creta, confiando la vigilancia de isla y ninfa, al formidable Talo.

El cuerpo del gigante es de bronce e invulnerable, y sólo puede ser herido en un tendón del calcañar. Las redondas pupilas inspiran tan profundo horror, que se hiela la sangre en las venas de los que fijan en el gigante sus miradas. Los nautas apenas distinguen a Talo en lo alto de la primitiva atalaya, cuando

llenos de espanto, quisieran virar de bordo, y alejarse, imaginándose candorosos, que así escaparán al peligro.

Medea les infunde aliento diciéndoles:

—En vosotros sería una locura combatir contra Talo; mas dejadme a mí, que, aunque el gigante sea un semi-dios, y su cuerpo broncíneo, yo tengo medios de luchar contra él. Poned la proa hacia la isla.

La obedecen en silencio, y la maga apoyada en el brazo de Jasón, sube a cubierta, y saltando de banco en banco, se coloca en el punto más elevado de la nave; desde allí, vuelve el rostro hacia la atalaya, y extiende en dirección de Talo, sus manos. Ha subido Medea envuelta en un manto de púrpura, y entona por tres veces trágica cantilena, evocando a las Parcas dominadoras del éter, y a medida que su voz se eleva sobre el rumor de las olas, sus pupilas lanzan rayos que van a clavarse en el formidable cuerpo del monstruoso enemigo.

No necesita la maga valerse de agudas flechas ni de flamígeros aceros, sino que su mirada centelleante va derritiendo el bronce, y

cuando Talo se preparaba a arrojar un enorme peñasco para cerrar la entrada del puerto, la mirada de Medea se fija en el débil tendón, y por allí goteando plomo, y no sangre, empieza a escapársele la vida al gigante. Balancéase el cuerpo al que apenas pueden sostener ya los pies, las horrisonas pupilas quedan opacas, y el monstruo cae en las aguas de la isla de Creta impotente para guardarla.

Frente al cadáver de Talo ancla el Argo; los nautas desembarcan y apoderándose de las piedras que pueden, echan los primeros cimientos de un templo, bajo la advocación de Minerva marina. Calman en cercana fuente su sed devoradora, se aprovisionan de víveres, y utilizando la brisa que comienza a soplar, ponen el rumbo en dirección de las costas del Peloponeso.

No bien pierden de vista la tierra, cuando la luna que brillaba sobre el horizonte, se oculta, y lo mismo hacen las estrellas, aumentando la obscuridad que les rodea una espesísima niebla, que parece surgir del Averno, convirtiendo el mar que cruzan en algo semejante a la Laguna Estigia.

Este nuevo peligro, después de tantos como corrieron, acobarda de tal modo a los nautas, que creyendo perdido el Argo, sueltan los remos, y tienden los brazos hacia la inmensidad, ofreciendo infinitos votos, si logran salvar sus azarosas vidas, dando más fuerza y expresión a las súplicas las amarguísimas lágrimas que surcan sus curtidos rostros.

Únicamente Jasón no se desalienta y aunque sus pupilas no están enjutas, porque como hábil capitán no desconoce el peligro que corren, confía en Apolo, y le invoca fervoroso.

De improviso, en la elevada cumbre de un monte, se dibuja relampagueante arco de oro, la faz del númen aparece fúlgida tras los grises cendales, y es tanto el brillo que esparce, que se desgarran el velo en que estaban envueltos el mar y las costas, y Jasón contempla el grupo de las islas Esporadas.

El temporal ha amainado, y tras de anclar en un puerto que les presta abrigo, se preparan a desplegar velas, cuando Eufemo les detiene para narrarles el asombroso sueño que acaba de tener, mientras halló algún descanso tendido sobre su banco. Le apareció en ese

mundo del misterio, una isla nacida del terrón de tierra que le donara Tritón, y en ésta, elevándose entre vegetaciones de alegres matices, una hermosísima vírgen. Al solicitarla Eufemo por esposa, ella le respondió: que siendo hija de Apolo y de una nereida, no podía pertenecer a ningún hombre, pero que arrojase el terrón al mar, y sería núcleo de un archipiélago, y éste cuna de héroes.

Jasón le manda que ejecute sin tardanza lo que le ordenaron en sueños, y cuando Eufemo inclínase sobre la borda para sumergir el terrón en el agua salada, ven con asombro, que efectivamente, no sólo se sostiene a flote, sino que comienza a engrandecerse.

Los navegantes de generaciones posteriores, al encontrarla en aguas de Grecia, llamaron a la isla núcleo, Caliste. La profecía de Apolo se cumplió, y los espartanos fundaron próspera colonia en Caliste, donde fueron a habitar los nietos de Eufemo, el argonauta.

La proximidad del Peloponeso exalta de tal modo el ánimo de los marinos compañeros de Jasón, que reman sin descanso, y dejadas ya atrás las innúmeras aventuras que

marcaron su azaroso viaje, les parece volar sobre el líquido elemento.

Por fin, un día, costeano la península roqueña del Atica, y dejando atrás ínclitas ciudades, penetran en la ensenada de Pagasa, donde son recibidos entre atronadores aplausos por entusiasta muchedumbre que recuerda la partida del Argo a la conquista del fabuloso vellocino de oro.

FIN



THE EDITORIAL BOARD

CASA EDITORIAL ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE
DE LOS NIÑOS

- | | |
|--------------------------------------|-------------------------------------|
| Historias de Shakespeare. | Robinson Crusoe. |
| Los héroes. | Ivanhoe. |
| La Divina Comedia. | Cuentos de la Alhambra. |
| Historias de Andersen. | Los caballeros de la tabla redonda. |
| Guillermo Tell. | Cántico de Navidad. |
| Cuentos de Grimm. | La cabaña del Tío Tomás. |
| Viajes de Gulliver. | La Infantina de Francia. |
| Historias de Wagner. | El Paraíso perdido. |
| Don Quijote (1. ^a parte). | Los Lusíadas. |
| Don Quijote (2. ^a parte). | La gitanilla. |
| Más cuentos de Grimm. | Cuentos de Edgard Poe. |
| La Odisea. | La Araucana. |
| La Ilíada. | Orlando Furioso. |
| La canción de Rolando. | Tradiciones hispanas. |
| Historias de Chaucer. | Hazañas del Cid. |
| Historias de Calderón de la Barca. | Historias de Lope de Vega |
| Fábulas de Esopo. | El Lazarillo de Tormes. |
| Más historias de Shakespeare. | La Eneida. |
| | Cuentos de Hoffmann. |

CASA EDITORIAL ARALUCE

- | | |
|----------------------------|---------------------------|
| Historias de Molière. | Cuentos de Perrault. |
| Más Historias de Andersen | Cuentos de Schmid. |
| Historias de Goethe. | Aventuras del Barón de |
| Historias de Ruiz de Alar- | Münchhausen. |
| cón. | Aventuras de Till. |
| Historias de Schiller. | Fábulas de Samaniego |
| Historias de Tirso de Mo- | Historias de Sófocles. |
| lina. | La tienda del anticuario. |
| Amadís de Gaula. | Historias de Corneille. |
| Las mil y una noches. | Entremeses de Cervantes. |
| Más mil y una noches. | Historias de Aristófanes. |
| Historias de Eurípides. | Historias de Lord Byron. |
| Trovas de otros tiempos. | Historias de Tennyson. |
| Sigfrido (La Leyenda de). | Leyendas de Oriente. |
| Historias de Esquilo. | Aventuras de Telémaco. |
| Historias de Herder. | La Campana de Huesca. |
| Historias de Gil Blas de | La Ramayana. |
| Santillana. | El hombre que vendió su |
| Bertoldo, Bertoldino y Ca- | sombra. |
| caseno. | Los Argonautas. |

Cada tomo (9 láminas en color) **Ptas. 2'50**

CASA EDITORIAL ARALUCE

Colección:

LOS GRANDES HECHOS DE LOS GRANDES HOMBRES

| | |

Tomos publicados

Cristóbal Colón. Su vida, sus viajes.	Julio César.
Alvar Núñez Cabeza de Vaca.	Hernando de Magallanes.
El Gran Capitán.	Fray Luis de León.
Juan Sebastián El Cano.	Miguel Angel.
El Cardenal Cisneros. Su vida, su obra.	Francisco de Goya.
Miguel Servet.	Franklin.
Jorge Wáshington.	Beethoven.
El Duque de Alba.	Wágner.
Don Juan de Austria.	Bolívar.
Miguel de Cervantes.	Calderón de la Barca y sus autos.
Leonardo de Vinci.	Quevedo.
Alejandro Magno.	Horace Nelson.
Carlomagno.	Enrique Stanley.
	Gutenberg.

Cada tomo (9 lám. en color)

Pesetas 3

CASA EDITORIAL ARALUCE

Colección

PAGINAS BRILLANTES DE LA HISTORIA

| | |

Tomos publicados

Historia de las Cruzadas.

Francisco de Pizarro.

Hernán Cortés.

Isabel la Católica.

Raimundo Lulio.

Jerusalén libertada.

Juana de Arco.

Numancia.

Don Alvaro de Luna.

María Estuardo.

María Antonieta.

Almanzor.

Ali-Bey.

Séneca.

Teresa de Jesús.

Los héroes de Trafalgar.

Vasco Núñez de Balboa.

Los Incas.

Sagunto.

Cada tomo (9 lám. en color)

Pesetes 3

